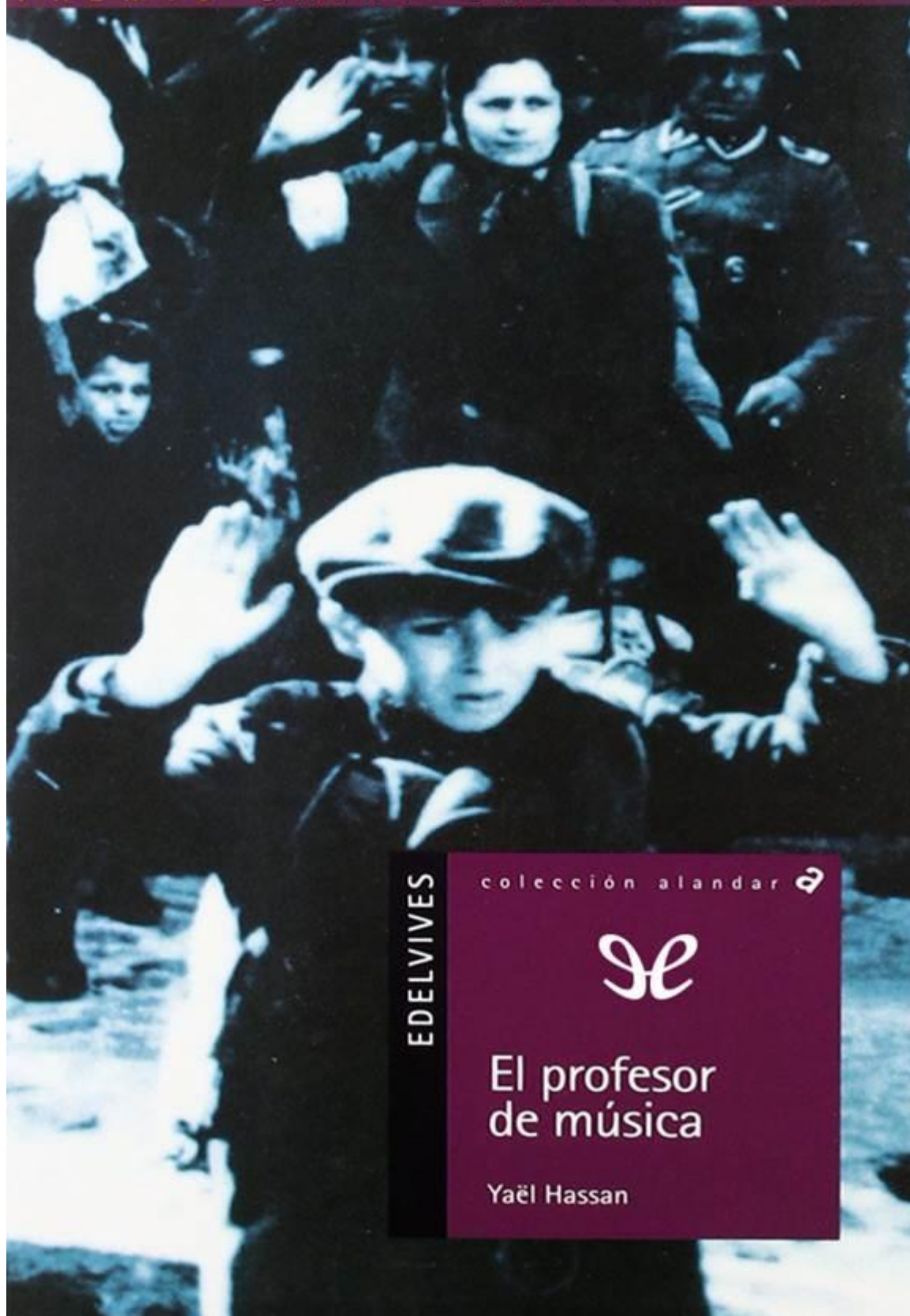


PREMIO SAINT-EXUPÉRY 2001



EDELVIVES

colección alandar 



El profesor de música

Yaël Hassan

Yaël Hassan

El profesor de música

UNO

Todos los años sucedía lo mismo. Cuando llegaba el comienzo de curso, Simón se deprimía, perdía el apetito y estropeaba los últimos días de vacaciones que Bella y él pasaban en su casa de campo. Finalizados los largos paseos por el bosque y la recogida de moras junto a los caminos, las comidas campestres, la pesca, los paseos en bici y los baños en el río, las largas y tranquilas siestas bajo los pesados racimos de olorosas glicinas que colgaban de la pérgola, finalizado todo esto, cuando se acercaba la fatídica fecha, Simón se cerraba como una ostra. Y Bella, a pesar de sus esfuerzos, era incapaz de alegrarle. Arrastraba la melancolía de su alma como el presidiario sus cadenas: la cara sombría, la frente arrugada y la espalda encorvada. Y este aire taciturno no tenía nada que ver con el luminoso y lleno de vida que mostraba desde el mes de junio, que anunciaba los dos largos meses de vacaciones de verano.

Bella cerraba silenciosamente las maletas, mientras Simón, a quien ya no le interesaba nada, daba vueltas y más vueltas, maldiciendo por lo rápido que había pasado el tiempo.

Cuando en septiembre llegaba el día H, Simón padecía unos retortijones horribles. Él, tan goloso normalmente, y que por nada del mundo se habría privado de uno de los succulentos desayunos que Bella preparaba, era incapaz de tragar nada. Bella, suspirando, guardaba un tentempié en su maletín y le decía:

—Te lo comerás. ¿Me lo prometes?

—Prometido —respondía él con un nudo en la garganta, contemplando cómo se enfriaba el chocolate.

—¡Tómate por lo menos el zumo de naranja! —insistía Bella—. Tiene vitaminas que te harán falta en el colegio.

Pero Simón movía la cabeza con aflicción.

—¡Venga, hay que ir! —le decía ella suavemente, acercándole la gabardina y el maletín.

Y Simón negaba una vez más con la cabeza, sin moverse del sitio.

—¡Vamos, Simón, vas a llegar tarde! —gruñía Bella.

Finalmente, Simón se levantaba con la cabeza baja y la mirada triste. Ella le daba un beso en la frente, murmuraba en su oído algunas palabras de ánimo y consuelo que él apenas escuchaba, y le acompañaba hasta la puerta. Ella se quedaba allí, viéndole alejarse con paso pesado hasta que desaparecía por la esquina de la calle.

Simón iba siempre andando. El colegio no estaba lejos de su casa y le gustaba caminar. Además, eso le venía bien.

Los últimos días del verano habían sido lluviosos y en el viento se dejaba ya sentir el otoño. Pero Simón, atento normalmente a la naturaleza, tan sensible a los olores de la tierra, a los colores de los árboles y al canto de los pájaros, caminaba sin prestar la más mínima atención a lo que le rodeaba, concentrado en acallar los gemidos de su anudada tripa. De vez en cuando le adelantaban grupos de chicos que reían, contentos de volver a encontrarse y de ver a sus compañeros después de dos largos meses de vacaciones. Según se acercaba al colegio, Simón lentificaba el paso. ¡Dios, cómo detestaba la idea de tener que hacer este trayecto durante un año entero! ¡Qué insoportable le resultaba esta vuelta a clase! Dada su larga experiencia, Simón sabía lo decisivo que era este día. Los primeros instantes son como los que preceden a un combate: alumnos y profesores se miden mutuamente, sopesando los puntos fuertes y débiles del adversario. Siempre era así, y Simón no podía hacer nada. Su miedo era tan evidente que incluso los niños de once años lo palpaban nada más verle.

Y esto sucedía desde hacía mucho tiempo.

Para este último año de enseñanza, Simón había tomado una firme resolución: no se dejaría pisar. Daría muestras de autoridad. «Sí, autoridad —se había repetido en numerosas ocasiones a lo largo del camino—. ¡Van a ver estos granujas cómo se las gasta el viejo profesor de música!».

«¡Vamos, Simón, ánimo! —le decía Bella—. ¡Piensa en los maravillosos momentos que viviremos juntos cuando estés jubilado!».

Bella tenía razón. Solamente un año y después: ¡viva la libertad!

Intentó relajarse un poco, respiró profundamente varias veces seguidas, tosió para tener la voz lo más clara y firme posible, enderezó la cabeza y, seguro y digno, franqueó la verja del colegio, porque no habría para él otro día igual, otra vuelta a las clases.

Sin embargo, cuando vio a los alumnos tuvo la tentación de escapar, de poner pies en polvorosa y regresar a casa. Pero se dominó. Simón atravesó el patio mirando hacia adelante. De repente, se hizo un silencio. Y los grupitos se deshicieron para dejar pasar al profesor. Los de quinto, que le habían tenido el año anterior, se preguntaron si realmente se trataba del señor Klein, el profe de música. Simón había ajustado la cadencia de sus pasos a la musiquita que acababa de componer con la palabra autoridad. «Au-to-ri-dad. Au-to-ri-dad. Un, dos, tres, cuatro. Un, dos, tres, cuatro». Así fue como se reunió con sus compañeros. Los que ya le conocían le acogieron con afectuosas sonrisas. Los otros le saludaron presentándose.

—Simón, Simón Klein —refunfuñó—. Soy el profesor de música.

Como era su último año de enseñanza, iba a ser tutor de una clase que no debía darle demasiados problemas, un sexto con un buen nivel. Con los de sexto se desenvolvería bien. Eran sobre todo los mayores, los de cuarto y los de tercero, los que le daban mucha guerra. Él había intentado enseñarles unas bases musicales, pero fue en vano. Estos muchachos no conocían y no querían nada más que rap, *funk*, hip-hop o, aún peor, música tecno, ¡esa monstruosa cacofonía!

«¡Y a eso le llaman música!», se quejaba con frecuencia Simón, desanimado.

Simón no se oponía al estudio de cualquier tipo de música, pero a los alumnos no les interesaban sus clases. Estos se subían en las mesas y se ponían a bailar cantando e imitando a sus grupos favoritos. Y Simón, de pie delante de la ventana, esperaba que la hora se acabara, que llegara el final de la clase, el final del calvario, el timbre, ¡la liberación!

Los alumnos estaban agrupados en torno al director, que procedía a la llamada y formación de grupos. Ya solo quedaban los de quinto y sexto. Los otros volvían después de comer. Simón observaba a los alumnos de su clase, que se habían colocado en fila, en dos filas indias, justo delante de él. Con la cabeza alta, adoptó una expresión severa. Con todo, estaba lleno de zozobra y temor. Con un dedo les indicó que le siguieran. El grupo, silencioso e impresionado, se puso en movimiento. Normal, ¡en sexto siempre se está impresionado al principio! «Au-to-ri-dad. Au-to-ri-dad», martilleaba aún una vocecita en su cabeza.

DOS

«SIMÓN KLEIN», escribió en la pizarra mientras los chavales se colocaban.

—Soy vuestro profesor de música y tutor —les dijo, tratando de evitar que su voz temblara—. Voy a pasar lista. Responderéis «presente» si estáis, y «ausente», si estáis ausentes.

Su propuesta fue seguida por un estallido de risas. «Se puede tener autoridad y sentido del humor —pensó Simón, como si fuera lo más normal para él—. Es buena señal», se dijo, orgulloso. Pero las risas se prolongaron demasiado para su gusto.

—¡Silencio! Quiero disciplina, ¿lo entendéis? ¡Dis-ci-pli-na! La música se escucha en silencio y con los ojos cerrados. La música no soporta el ruido. Escucharemos mucha. Toda clase de música: clásica, moderna, *rock*, occidental, oriental, africana, americana, todo lo que se considera música. También tocaremos nosotros, sobre todo, la flauta y, además, si alguno de vosotros toca un instrumento, podemos formar un pequeño grupo musical. ¡Podríamos incluso pensar en montar un coro! Estoy abierto a todas las sugerencias. ¡Esto es todo! —concluyó Simón, sorprendido de haber pronunciado un discurso tan largo sin haber sido interrumpido por risas y risitas.

Simón miraba a los alumnos y los alumnos le miraban a él. Reconoció a algunos repetidores que le observaban a escondidas. «¡No es posible, nos lo han cambiado durante las vacaciones!», parecían decir. Cogió la lista y comenzó a leer: —Benjamín Adeline, Émilie Ballard, Antonio Balluci, Mathieu Bonnel...

«Presente, presente», respondían los chavales.

—¿Malik Choukri?

—¡Presente, señor! —dijo una voz atiplada.

Simón tembló. Conocía bien a la familia Choukri. Ya había tenido a todos sus hijos, uno tras otro, año tras año. Miró al muchacho, que le sonreía.

—Tú eres el hermano pequeño de...

—Sí, señor —respondió Malik claramente acostumbrado a que nombraran a sus hermanos mayores—. Yo soy el último, pero el más formal, ¡se lo juro!

Simón hizo una cruz roja al lado de su nombre, lo que quería decir «vigilar de

cerca». No le perdería de vista. Hacía mucho tiempo que la familia Choukri le amargaba la existencia. La familia Choukri no se acababa nunca. Estaban en todas las clases, desde sexto a tercero, cada cual más insoportable. Y mira por dónde, en su último año de enseñanza, como prima, se le ofrecía el más pequeño de los Choukri. ¡Como si no hubiera tenido bastante con los anteriores! A lo largo de su carrera había tenido muchachos difíciles, pero como estos, ¡jamás!

Simón siguió pasando lista. Reconoció algunos nombres más, pero de los que solo guardaba un vago recuerdo, y no se entretuvo más. Después de la lista y de las formalidades habituales, Simón pidió a todos que rellenaran una ficha con sus datos personales, indicando si tocaban algún instrumento y sus gustos e intereses musicales.

—¡Eh, profe, profesor! —le interpeló un pelirrojo desde el fondo de la clase—, ¿los nervios tienen que ver con la música?

—No comprendo la pregunta, hijito, ¿qué quieres decir?

—Pues es que mi madre siempre dice que le altero los nervios.

—Y la mía, que la pongo nerviosa —empalmó una niña morenita.

Las risas estallaron de nuevo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Simón al primero.

—Mathieu Bonnel, profe —respondió guasón.

—Y yo soy Melisa, profe —lanzó una jovencita un tanto descarada.

Al momento, toda la clase se puso a cantar a coro: «Melisa, mestiza de Ibiza».

Simón escuchó. Descubrió algunas voces muy bonitas. Unos niños daban palmas, otros golpeaban sobre las mesas y el conjunto resultó armonioso y rítmico.

Cuando volvió el silencio, Simón leyó a los alumnos el reglamento de la escuela y les hizo copiar el horario. La hora pasó rápidamente. No hubo ni caos, ni risas, ni excesos. Era, evidentemente, una buena clase. El director había cumplido su promesa. Había unos niños más revoltosos que otros pero, por primera vez, Simón pensó que podría hacer algo bueno con ellos. Cuando sonó el primer timbrado, se precipitaron hacia la salida. Simón guardó sus cosas en su maletín y se fue, pensativo, a la sala de profesores. Una vaga idea le rondaba la cabeza. ¿De dónde salía? ¿Quién se la había

sugerido?

—¿Estamos aterrados, Simón? —le espetó Gaillot, el profesor de educación física—. ¡Solo faltaría que estuvieras deprimido tu último año!

Simón se encogió de hombros y no respondió. Se instaló en un extremo de la mesa y sacó su bocadillo del maletín. En ese momento tenía hambre.

—No puede ser que todavía te prepare tu mujer un tentempié, ¡a tu edad! —soltó Gaillot.

—¿Le da envidia? —preguntó una voz que Simón no identificó.

Se colocó bien las gafas antes de mirar. Vio a una joven muy mona que se reía claramente del imbécil de Gaillot.

—¡Envidia yo! No, pero ¡mírenle! ¡Treinta y cinco años de experiencia y un miedo atroz a unos chicos que no levantan tres palmos!

La llegada del director interrumpió la conversación, que se tornaba agria.

—¿Qué tal el primer contacto con su clase, Simón? ¿Está usted satisfecho? —le preguntó.

—Sí, creo que sí. Es una clase simpática y no parece que haya elementos perturbadores. Incluso el pequeño Choukri me ha parecido más fácil que sus hermanos. Creo que podré hacer un buen trabajo este año.

—¡Más vale tarde que nunca! —rió burlonamente Gaillot.

—Señor Gaillot, por ser el primer día, ahórrenos sus chistes, por favor —dijo con aspereza el director.

Gaillot, molesto por haber sido amonestado delante de las señoras, salió encogiéndose de hombros.

—Lo siento, Simón, pero no le cambiaremos nunca, lo sabe usted bien.

—Déjelo, estoy acostumbrado. Es un grosero y sus burlas no me afectan. Y volviendo a mi clase, se lo agradezco francamente.

Cuando sonó el timbre, los profesores se dirigieron a sus aulas. Simón se quedó solo con la joven profesora que había regañado a Gaillot.

—Simón Klein, profesor de música —le dijo, tendiéndole la mano—. Yo no le doy la menor importancia a las pullas de ese señor, pero gracias de todos modos por haber salido en mi defensa. Ha sido valiente por su parte.

—Sylvie Dufau —respondió ella sonriendo—. Encantada. Nada le autorizaba a hablarle de esa forma. Perdone por haberme entrometido, pero soy muy impulsiva y no me gusta que se falte al respeto a...

Dándose cuenta de su torpeza, Sylvie Dufau se calló, incómoda.

—A una persona mayor, ¿es eso? —completó Simón sonriendo—. Vamos, no se preocupe y llamemos al pan, pan. Podría ser su abuelo, creo. Soy claramente un anciano.

—Yo soy la profesora de historia —dijo Sylvie, retomando la conversación—. Es mi primer año y le confieso que tengo un poco de miedo.

—La comprendo. Hace ya treinta y cinco años que doy clase y, por desgracia, conozco ese nerviosismo de memoria, ya ve. No, no se puede decir que esto sea propio solamente de esta profesión, pero estoy seguro de que a usted le irá bien. Seguro que mejor que a mí. No parece que se le pueda atropellar, tiene carácter. Es lo que se necesita; hay que imponerse desde el principio, desde la primera mirada que intercambie con ellos. Si no, está perdida. Creo que la autoridad es algo natural, que no se aprende. Se tiene o no se tiene. Pero para mí se ha terminado. Yo ya corto con esto, es mi último año. ¡Bienvenida al colegio, señorita, y buena suerte! Esta es sin duda una hermosa profesión para quien sabe llevarla; un bello oficio, si se pone un poco de pasión. Yo nunca he sabido... —la voz de Simón se quebró.

Era la primera vez que confiaba su amargura a una compañera. Y tenía que ser a una principiante, llena de entusiasmo e ilusiones.

«¡Estoy haciendo el imbécil! —pensó Simón abandonando la sala de profesores, con Sylvie pisándole los talones—. No es muy inteligente por mi parte echar más leña al fuego».

Al llegar a la verja, ella tendió la mano al viejo profesor, que la estrechó calurosamente.

—Hasta mañana, señor Klein —dijo amablemente.

Llovía. Simón subió el cuello de su gabardina y, con paso ligero, más ligero que a la ida, tomó el camino de regreso.

Bella le esperaba ansiosa, con la nariz pegada a los cristales. Al verle llegar se precipitó al salón, cogió el punto, se puso las gafas y cara de estar sumergida en su labor.

—¿Qué tal? —dijo con una voz neutra, a pesar de su gran impaciencia.

Le parecía que traía una cara alegre.

—¿Qué tal qué? —respondió burlón.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien, muy bien. Tengo una joven compañera encantadora y amable como nadie.

—¡A mí no me importan tus colegas! ¡A mí me interesan los niños! ¿Cómo te ha ido con ellos?

—Tengo al último Choukri, ¡imagínate!

—¡Dios mío! —suspiró Bella—. ¡Solo te faltaba eso!

TRES

Después de comer, mientras Bella hacía punto sentada junto a la ventana, Simón puso un cede de uno de sus compositores favoritos y se instaló en su escritorio, situado en uno de los ángulos del salón. De su maletín sacó el archivador que contenía las fichas de los alumnos de «su» clase. Las clasificó por orden alfabético, después comenzó a leerlas una por una, atentamente. Las primeras no presentaron ningún interés. Los chavales citaban los nombres de los grupos de moda y los estilos que les gustaban. Esto no era ninguna novedad, aunque los nombres citados no le evocaban nada. Hacía mucho tiempo que Simón no estaba al tanto de los nuevos grupos musicales. Cuando llegó a la ficha de Malik Choukri, Simón recibió una sorpresa. Se quitó las gafas, se frotó los ojos con un pañuelo y volvió a coger la ficha para releerla atentamente.

—¿Algo no va bien, Simón? —se inquietó Bella.

—¡Es alucinante! ¡Francamente alucinante!

—¿El qué?

—¡Atiende a la ficha que te voy a leer! «Me encanta la música. Podría escuchar música durante todo el día. Me gusta mucho la clásica. *Cascanueces* de Tchaickovsky, el *Adagio* de Tomaso Albinoni y el *Canon* de Pachelbel son algunas de mis obras preferidas. Pero me gustan también Bach, Liszt, Mozart y Schubert. Siempre que puedo voy a la mediateca, escojo unos discos, me instalo en uno de los sillones grandes, me pongo los cascos, cierro los ojos y me quedo allí durante horas. Es verdad lo que usted dice, que la música es más bonita con los ojos cerrados. Mi sueño es tocar el violín algún día. Sé un poco de solfeo. He encontrado algunos libros donde estudiarlo. Para mí es complicado, pero estoy seguro de que con sus clases lo comprenderé mejor. Preferiría que no leyera mi ficha delante de toda la clase y que esto quede como un secreto, por favor».

—¡Madre mía! —gritó Bella cuando Simón terminó la lectura—. ¡Jamás te habían dicho algo así! Para que veas que todo puede pasar en la vida...

—¡Y nunca adivinarás de quién se trata!

—Creo que tengo alguna idea. ¿No se llamará Choukri, por casualidad?

—¡Has dado en el clavo, Bella! ¿No te parece raro?

—¿El qué? ¿Que este chaval manifieste su pasión por la música? No creo que sea una cosa excepcional. Además, ¡no es el único!

—¡De acuerdo! Pero ¡él, Bella! Conociendo el medio en que vive, conociendo su entorno, es un poco raro, ¿no?

—¿Realmente conoces su medio, su entorno, Simón? ¿Has puesto alguna vez los pies en su barrio?

—No, pero conozco a sus hermanos y eso me basta.

—¿Por qué? ¿No puede ser diferente a sus hermanos? ¿No puede tener gustos distintos a los de su familia? No entiendo por qué te molesta que este niño sea un melómano. Deberías estar contento, ¡con el tiempo que llevas buscando un niño prodigio!

—Sí, pero ¿no se dice que no se le pueden pedir peras al olmo? No le creo. Estoy seguro de que es una tomadura de pelo.

—¡Oh, Simón, no me gusta ese lenguaje! ¡Tienes unos prejuicios horribles! ¡Es pura y simple discriminación! —dijo acalorada la dulce Bella—. Y tú no eres el más apropiado para hablar así, ¿no? Tú sabes muy bien lo que significa la discriminación. ¡Este chaval tiene once años! ¿Cómo quieres que conozca a los compositores que cita si no se ha interesado verdaderamente por ellos? Lo que tienes que hacer ahora es ocuparte de él. Estoy segura de que merece tu atención.

Simón sacudió la cabeza:

—Mientras tanto, yo me enfrento a mi último año de docencia y espero que se desarrolle de la mejor manera posible, con paz y serenidad, y deseo que se acabe cuanto antes. Este niño aprenderá lo que enseñe a toda la clase y punto.

—¡Cómo eres, Simón! Tú harás lo que quieras, pero déjame decirte que la ficha de ese muchacho es una llamada; mejor dicho, un encargo. Deberías reflexionar sobre ello.

Simón se quedó pensativo. Por más que Bella se enfadara, le costaba creer al muchacho. A lo largo de toda su carrera había estado esperando un chico como ese. Por lo menos uno, para borrar la sensación de fracaso que llevaba como un pesado fardo sobre sus espaldas, desde hacía treinta y cinco años. Pero no era con los rasgos de un Choukri como lo había imaginado. Y honestamente, ¿no era eso lo que le molestaba? Que por una de las grandes ironías del destino fuera a Malik Choukri a quien él

esperaba... Simón suspiró. Si ese era el caso... Pero más valía ser prudente. Sobre todo, no entusiasmarse. Esperar a ver qué pasaba. Fiel a esta consigna, Simón decidió, en primer lugar, asegurarse de la sinceridad de Malik. Verificaría si frecuentaba la mediateca tanto como decía. Pero esto no era urgente. Lo que parecía urgente en estos momentos era acabar con el enfado de Bella.

—Escucha, solo faltaría que discutiéramos por un alumno. ¿No crees que ya es suficiente con el colegio? No tengo la más mínima intención de que, además, siembren la cizaña en mi casa. Vamos, no pongas mala cara. Sabes que no lo soporto. Anda, sonríe, por favor. A cambio, prometo interesarme por este muchacho, averiguar lo que en realidad lleva dentro. Y si no es una broma, veré lo que puedo hacer por él. ¿Estás contenta?

Bella sonrió. Había escuchado lo que quería escuchar. Sabía que Simón cumplía siempre sus promesas.

Así fue como un jueves de octubre, viendo que Simón se ponía su gabardina con aire alegre, Bella le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A estirar las piernas —contestó Simón con una sonrisa angelical en los labios.

—¿Solo? ¿Sin proponerme que te acompañe?

—Es que tengo una cita —dijo Simón muy serio.

—¿Una cita? ¿Con quién?

—Estoy bromeando. ¿Con quién iba a tener una cita? Supongo que te acordarás del pequeño Choukri —le hizo rabiar Simón.

Bella intentó permanecer impasible. No había abordado este tema con Simón desde el primer día de curso, pero esperaba impaciente que él dijera algo. Y habían pasado días y semanas sin que hiciera la más mínima alusión. Bella había terminado por pensar que Simón tenía razón. Que el muchacho no había dicho nada más y que aquello no iba en serio.

—¡Claro que me acuerdo! —respondió ella con un tono evasivo.

—Entonces, ¿no habrás olvidado que te había prometido verificar la sinceridad

del muchacho? Es lo que he hecho. Le he observado, he preguntado en las clases y...

—¿Y? —dijo Bella intranquila.

—¡Tenías razón!

Y Simón soltó una carcajada antes de seguir:

—Sí, Bella. Aunque pueda parecer extraño, este muchacho es un verdadero apasionado y bastante buen conocedor. Seguramente conoce bien lo que todo el mundo y quizá no lo mejor, pero esa es otra historia. Así que he decidido interesarme por él como te había prometido y me he sentido atraído súbitamente por la mediateca. Con un poco de suerte, podría obtener allí información útil sobre nuestro muchachito.

Bella sonrió. No se había equivocado. Simón se había ocupado del pequeño Choukri como le había prometido, pero sin precipitación, de manera reflexiva, como todo lo que él emprendía, Y eso era lo mejor de él sin duda, porque se había tomado el tiempo necesario para detectar la preparación del niño. Por tanto, en este momento, se comprometía con algo seguro, y Bella sabía que su marido mantendría su compromiso hasta el final. En ese instante se podía apreciar en sus ojos un brillo de felicidad que ella conocía bien, el brillo del mes de junio, de final de curso.

La lluvia que caía sin parar desde hacía varios días había parado, y el sol, seguido de una suave brisa, se esforzaba por traspasar algunas nubes negras que quedaban aún aquí y allí. Simón se dirigió hacia el centro silbando. Feliz, caminaba zigzagueando para evitar los charcos sobre la acera irisada de manchitas con los colores del arco iris. La señora La val, que espiaba detrás de las cortinas todas las idas y venidas de la calle, se indignó:

—¡Pero si está ebrio! —confió a su viejo gato *Tigris* que, poco interesado por la noticia, continuó su siesta.

CUATRO

Cuando llegó a la mediateca, Simón fue directamente a la segunda planta, la de la música. Había poca gente. La primera hora de la tarde en un día de diario no era precisamente de gran afluencia de público. Simón echó un vistazo a su alrededor y se dirigió a un empleado visiblemente ocioso.

—Perdone, soy el profesor de música del colegio y he pensado organizar una visita a la mediateca con mis alumnos —pretextó para entablar conversación.

—¡No hay problema! Solo tiene que inscribirse en una lista y nosotros le informaremos de las fechas disponibles.

—Muy bien, muy bien —dijo Simón contento con su idea, pero sin saber cómo abordar el tema que le había llevado hasta allí.

—¿Alguna otra cosa, señor? —preguntó el empleado, que parecía inclinado a continuar la conversación.

—Pues... Nada de particular. ¿Vienen muchos niños por aquí?

—¡Sí, algunos! Sobre todo, pequeños. Vienen con sus mamás para llevarse discos de cuentos y canciones. Pero la mayoría son adultos.

—¿Y se interesa alguno por la música clásica?

—¿Niños? Muy pocos; podría contarlos con los dedos de una sola mano. Hay uno que es asiduo. Un buen cliente incluso, si se le puede llamar así. Pero nunca se lleva los discos. Los escucha aquí. Casi todos los días hacia las cinco, le veo llegar. Desde hace ya muchos meses. La primera vez no sabía muy bien lo que quería. Lo único que decía era que quería escuchar música. Así que al principio le orienté un poco. Si le interesa, puedo presentárselo, está justamente ahí, escogiendo sus discos.

—Es muy amable de su parte, pero ya conozco a ese jovencito. Es Malik Choukri, ¿no?

—Sí —contestó el empleado con asombro.

—Soy su tutor. Si me lo permite, voy a escuchar algunos discos mientras le espero.

Simón escogió un cede, que colocó en el plato, y después de haberse instalado cómodamente en uno de los grandes sillones del auditorio, se puso los cascos y cerró los ojos. La música le transportó inmediatamente, y mientras que con su pie derecho llevaba la medida, con la mano izquierda dirigía, como un director de orquesta, cada uno de los movimientos de la sinfonía. Así, no se dio cuenta de que Malik estaba detrás observándole.

Era la primera vez que le veía en la mediateca. Quiso saludarle, pero no se atrevió a molestarle. Se quitó la cazadora, consultó algunos discos que había cogido y después de seleccionar uno de ellos, se hundió en un sillón y se dejó llevar también él por los acordes de la *Sinfonía inacabada* de Schubert.

Cuando Simón abrió los ojos, encantado por lo que acababa de escuchar por enésima vez, hizo un ligero movimiento de sorpresa al descubrir a Malik. Lo había olvidado, aunque era el motivo de su visita. Se levantó para devolver el disco; después fue hacia su alumno y echó un vistazo a la funda que tenía en las rodillas. «¡Schubert! — advirtió Simón—. ¡No es una mala elección!». Entonces observó al niño. Los ojos cerrados, una sonrisa en sus labios, Malik tarareaba balanceando la cabeza. Su cara reflejaba una inmensa alegría. «Esto es de verdad —se dijo Simón—. ¡A este jovencito le gusta realmente la música!».

Cuando Malik se quitó los cascos, tardó unos instantes en volver en sí. Se sobresaltó al darse cuenta de que Simón le observaba y se le cayeron las fundas de las rodillas. De todos modos, se puso muy contento con este encuentro que creía enteramente casual. En diversas ocasiones había tratado de ver a su profesor cara a cara, pero él no parecía interesado en dedicarle un poco de tiempo. Ahora que por fin lo tenía para él solo, no le salían las palabras, y todas las frases que había preparado, se agolpaban en su mente.

En cuanto a Simón, no parecía más relajado que su alumno.

Malik tomó la palabra:

—¡Buenos días, señor! ¿Viene mucho por aquí? ¡Nunca le he visto!

—No con mucha frecuencia, Malik. Prefiero escuchar música en casa, en mi salón, o en una sala de conciertos, jeso es lo mejor! ¿Has ido alguna vez a un concierto?

—¿Un concierto de verdad?

—Sí, uno de verdad, en una sala de conciertos, con músicos que tocan delante de

ti.

—¡Oh, no, señor!

—Entonces habrá que organizar eso —dijo Simón sacando de su bolsillo un cuadernito en el que apuntó algunas palabras.

Prosiguió:

—Pero te aseguro que este sitio está muy bien. De todas maneras, si quieres puedes pasarte por mi casa de vez en cuando. ¡No conozco a nadie que haga el chocolate mejor que Bella! Podría enseñarte otras obras, enseñarte los auténticos tesoros de la música, obras casi ignoradas por el gran público.

Simón no esperó la respuesta de su alumno. Complacido con lo que había visto, se dio la vuelta y se alejó con prisa por contarle a Bella su encuentro con el pequeño.

Malik estaba lejos de sentir la misma satisfacción que su profesor. Permaneció allí, viendo cómo se iba, con la impresión de que si no reaccionaba enseguida, la ocasión de hablar con él, de confiarle sus sueños en materia de música, no se repetiría.

—¡De acuerdo! —lanzó, acelerando el paso para atrapar a Simón, que ya estaba casi en la salida.

—¿Cómo? —dijo Simón volviéndose—. ¿Con qué estás de acuerdo, pequeño?

—¡Con la invitación! ¡De acuerdo! No contaba con ello, pero voy a su casa ahora mismo.

Simón se quedó desconcertado por el giro que tomaban los acontecimientos. No había imaginado que Malik aceptaría su invitación, al menos no de forma tan inmediata.

De pronto, estaba hecho un lío. ¿Qué diría Bella? Pero había tanta esperanza en la mirada del pequeño, tanta expectación...

—Está hecho —dijo—. ¡Vamos, sígame, jovencito!

—¿Quién es Bella, profesor? —preguntó Malik pisándole los talones.

—Es mi mujer, hijo.

—¿Qué vamos a hacer exactamente en su casa, señor?

Es que Malik nunca había puesto los pies en casa de un profesor y le emocionaba mucho.

—Charlar y escuchar música, ¡por supuesto! Además de tomar un delicioso chocolate que nos preparará Bella.

Llegados al barrio residencial de la ciudad, donde Malik, vivamente impresionado, no recordaba haber puesto nunca los pies, se acercó más a Simón para ir a su lado.

La señora Laval, en la ventana, sintió que un arranque de indignación le subía a la cara.

—Pero ¿quién es ese advenedizo que Simón Klein lleva a su casa? —refunfuñó a *Tigris* que, molesto en pleno sueño, lanzó un maullido de descontento.

CINCO

A Bella le sorprendió que Simón invitara a casa a su alumno tan pronto, ya que hacía bien poco desconfiaba de él. Sobre todo, porque Simón nunca invitaba a nadie a su casa. Ni compañeros ni alumnos. Ya fuera porque este niño le había subyugado o porque el pequeño se hubiera autoinvitado, ¡bienvenido! Eso probaba que era pertinaz y que sabía actuar muy bien para conseguir sus fines.

Malik nunca había tomado una taza de chocolate tan bueno. Cuando lo terminó, se relamió el fino bigote de chocolate que decoraba su labio superior. Después echó un vistazo a su alrededor. La cocina era grande, luminosa y soleada. Pero, sobre todo, grande.

—Profe, ¿cuántos hijos tiene? —preguntó.

—Ninguno —respondió Simón suspirando—. A nuestro pesar —añadió tomando la mano de Bella.

—El cielo decidió que así fuera —dijo Bella con una sonrisa triste—. Simplemente, mis oraciones no fueron escuchadas.

—¡Tus oraciones, tus oraciones! —masculló Simón encogiéndose de hombros—. ¿Qué tiene que ver Dios con esto? ¡Sabes muy bien lo que yo pienso de tu Dios!

—¡En mi casa es todo lo contrario! ¡Mi madre rezaba todos los años a Alá para no tener más hijos! ¡Y tampoco ha funcionado! Creo que el profe tiene razón, señora. ¡Dios a veces está sordo!

Bella y Simón se rieron. Malik continuó:

—¿Una cocina y una casa tan grandes solo para ustedes dos? ¿No es demasiado grande? En mi casa, cuando estamos todos, somos tantos que no podemos entrar a la vez en la cocina. ¡Somos diez hermanos! ¡Además, en casa siempre hay gente, amigos, primos, primas, tíos, tías!

—Yo siempre soñé con tener una gran familia —dijo Bella—, pero diez me parece excesivo.

Y se echó a reír.

Malik la miró y la encontró guapa, con el pelo canoso, los ojos verdes y una piel

tan fina que se diría que era transparente. «¡Es una auténtica francesa! —pensó—. Demasiado delgada. No me extraña que no haya tenido hijos, no habría tenido sitio para meterlos».

Bella, sintiéndose observada, se sonrojó ligeramente. Malik se quedó estupefacto, ya que nunca había visto sonrojarse a una persona mayor. Entonces se arremangó e hizo lo que nunca había hecho en su casa: ayudó a Bella a quitar la mesa. No le molestó porque no había nadie que pudiera burlarse de él. Bella le dejó hacer y le enseñó cómo colocar las tazas en el lavaplatos.

—¿Vienes, Malik? —gritó el profesor desde el salón.

Malik miró a Bella esperando su aprobación. Ella asintió con la cabeza y sonrió. Él se reunió con su profesor de música.

En el salón, alineados en filas apretadas, Malik descubrió más discos de los que había visto en toda su vida. Había más que en la mediateca. Las estanterías iban del suelo al techo y por todas partes, discos y más discos. Incluso unos negros y grandes, ¡como los de antes! Tenía los ojos como platos. El fondo del salón estaba presidido por un viejo piano al que se acercó tímidamente.

—Profe, ¿toca el piano?

—No, solo un poco. Verdaderamente tocar, no toco.

Malik estaba asombrado.

—¡Si Babá hubiera visto esto, seguro que le habría dado un ataque al corazón! —exclamó.

—¿Babá? —preguntó extrañado Simón.

—Sí, Babá, mi abuelo, pero está muerto.

—¿Qué te gustaría escuchar?

—No sé, profe, ¡hay tantos! Lo que usted quiera.

—¡Bien! Escogeré obras menos conocidas que las que escuchas normalmente en la mediateca. ¡Ponte ahí! ¡Sí, ahí, en mi sillón!

Malik, impresionado, se sentó en el filo del gran sillón. Simón se sentó en el sofá que había enfrente. Dejó que Malik se distendiera poco a poco, que se instalara cómodamente y que escuchara la música con atención. Cuando vio que el niño estaba ya relajado, le preguntó:

—Así que, Malik, ¿de dónde te viene este amor por la música clásica?

—De un sueño, profesor.

—¿De un sueño? —dijo Simón asombrado.

—Sí, profe, de un sueño —respondió Malik, que no sabía muy bien qué otra cosa decir, ya que su pasión venía realmente de un sueño. Sin embargo, aclaró—: De un sueño con mi abuelo Babá.

Bella se reunió con ellos en el salón y se puso a hacer punto. Malik se decidió entonces a contar este sueño extraño que había tenido una noche y que se repetía con frecuencia. Pero antes, para que Simón y Bella lo entendieran bien, tuvo que contarles la historia de Babá, su abuelo, un loco de la música, un maravilloso violinista.

Babá siempre había tocado el violín. Había aprendido solo, de oído. Cuando vivía en Argelia formaba parte de una pequeña orquesta que tocaba en las bodas y en las fiestas. Pero tuvo que abandonar Argelia porque la vida allí era muy dura para él y para su familia. Al llegar a Francia, para ganarse la vida y alimentar a todos, se puso a trabajar, ya que tocar el violín no era un trabajo serio. Así que durante el día iba a la fábrica y por la noche, tocaba. Con algunos amigos, había formado un pequeño grupo que tocaba en las fiestas árabes y así Babá conseguía un dinero suplementario. Al estallar la guerra de Argelia, los árabes no tenían derecho a salir por la noche, debido al toque de queda^[1] no podían estar afuera a partir de cierta hora.

A Babá no le importaba el toque de queda. Decía: «Yo no soy peligroso. No cometo atentados. Yo soy músico. Solo voy a tocar. No tengo nada que ver con la política, así que no podrá pasarme nada».

Y sin embargo, una noche Babá no volvió a casa. La abuela de Malik, Laya, estaba muy intranquila. Dio vueltas toda la noche estrujando su pañuelo. Por la radio dijeron que había violentas manifestaciones de argelinos en París y que había muertos y heridos. Por ese lado, Laya no albergaba ningún temor. Sabía que Babá no estaba en la manifestación. No tenía nada que hacer allí. Sin embargo, la noche avanzaba y Babá no aparecía. Sus hijos salieron en su busca; primero fueron al local donde tocaba

habitualmente, pero estaba cerrado. Después fueron a casa de los músicos. Hacía mucho rato que habían dejado a Babá y regresado a sus casas. Cada vez más inquietos, pusieron rumbo a su domicilio. Babá iba todos los días andando porque a esa hora ya no había metro. Cuando llegaron cerca de la estación de Charonne, vieron que se había armado una gorda. Por todas partes había fuerzas especiales de policía y ambulancias. Esperaron un rato bajo un porche y retomaron el camino a casa. Desde la escalera oyeron llorar y chillar a Laya. Un amigo había ido a decirle que Babá había muerto. De regreso a casa, se había visto envuelto en aquel tumulto y le habían matado. Este amigo solo había podido recoger su violín, que ahora les entregaba.

SEIS

Malik había terminado su historia. Ahora estaba callado. Hundido en el sillón, balanceando las piernas, miraba los discos de las estanterías.

—¿Entonces tú no has conocido a tu abuelo? —preguntó Simón.

—No, solo en fotos. Mi abuela ha guardado muchas fotos de Babá. Y en todas las fotos sale con su violín. Mi madre me ha dicho que se separaba de él lo menos posible y que lo cogía como si fuera un bebé.

—¿Ninguno de sus hijos es músico? —preguntó Bella, extrañada.

—No, Laya no ha querido. Dijo que nadie de la familia sería músico jamás —respondió Malik con un suspiro—. Que la música había matado a su marido y que mientras ella viviera, nadie haría lo mismo.

—Pero eso no explica tu amor por la música —recalcó Simón.

—A mí siempre me ha gustado la música, pero no lo sabía. Iba a escuchar discos a la mediateca, sin saber que eso quería decir que me gustaba. Ha sido Babá quien me ha dicho que llevaba la música en mí, que tenía oído y que tenía que tocar un instrumento.

—¿Cómo? Si no le has conocido... —inquirió Simón.

—En el sueño que he tenido.

—¿Qué sueño? —preguntó Bella.

—El sueño del que les he hablado. Una noche vi a Babá sentado en la cama, a mi lado. Iba todo vestido de blanco y tenía el violín en las rodillas. Le reconocí enseguida. Entonces le pregunté: «Babá, ¿qué haces aquí?». Y él me respondió: «Hijito, tú eres el único en esta familia que tiene oído. El único que puede retomar el violín. En mi casa siempre se ha tocado el violín. Sé que te gusta la música. Te veo ir allí, a aquel gran edificio, a escuchar música, pero no es suficiente. Es necesario que aprendas las notas, solfeo y violín». Yo iba a decirle que nunca podría, pero desapareció. Al día siguiente, por la mañana, le conté a mi madre que Babá había venido a verme por la noche. No se puso nada contenta y empezó a chillar muy fuerte. Me dijo que todo había sido un sueño y que eso no significaba nada. También me dijo que nunca nadie tocaría el violín

de Babá porque el violín le había matado. De todas formas, tengo muchas ganas de ser violinista porque sé que es lo que quiere Babá y no tengo derecho a decepcionarle. Antes quería tocar el piano, me parecía bonito, pero desde que he visto a Babá, sé que debo tocar el violín como él.

Bella miró a Simón discretamente. Se había puesto de pie y recorría la habitación de un lado para otro con las manos en la espalda y los puños apretados, signo de una gran emoción en él.

—¿Entonces? —preguntó Bella a Malik, que no se había dado cuenta del nerviosismo de su profesor.

—Entonces..., he pensado mucho. Porque no sabía cómo hacer para aprender música. El señor de la mediateca me ha explicado que era difícil, que había que matricularse en el conservatorio y todo eso, y supe que nunca podría hacerlo solo. Y, además, debía costar muy caro. Por eso pensé en usted. En clase, cuando nos preguntó si tocábamos algún instrumento, le dije que aún no, pero que quizá usted podría ayudarme. Por eso le puse en mi ficha que quería aprender a tocar el violín.

Simón carraspeó. Murmuró palabras que Malik no comprendió.

—¿Cómo, profe? —preguntó.

—¡Hay otros instrumentos además del violín! —soltó Simón—. Y, por otra parte, a uno le puede gustar la música y no necesariamente tocar un instrumento. ¿Acaso yo toco? ¡No! ¡Y no por eso sé menos!

—Sí, señor. Lo sé, pero yo quiero tocar el violín —insistió Malik.

—¡Que quieres estudiar violín! ¡Quieres estudiar violín! ¿Y cómo piensas hacerlo?

Malik miró sorprendido a Simón, que seguía:

—¿Y sabes lo difícil que es? ¡Podrías tocar el piano o la guitarra! Además, ya tienes once años. Es demasiado tarde para empezar violín. Yo...

Simón se calló, nervioso, dejando a medias la frase.

—¡Pero lo que yo quiero tocar es el violín! ¡No me importa que sea difícil!

Malik se había puesto rojo. ¿Por qué se enfadaba el profesor de música, de

repente, cuando un momento antes había creído que le ayudaría a aprender solfeo y a tocar el violín? Entonces fue cuando se dijo que había soñado.

Igual que, probablemente, había soñado la visita de Babá. Al final, su madre tenía razón. Pero ¿qué esperaba? ¿Que alguien se interesara por él? ¡Qué imbécil era!

No había nada más que hacer en casa de estos señores. Se levantó, tendió la mano a Bella y se despidió de Simón: —Adiós, señora. Adiós, profesor —dijo dirigiéndose muy dignamente hacia la puerta.

Bella le acompañó, mientras que Simón, bien plantado en el centro del salón, le veía marcharse, incapaz de retenerle, de consolarle, incapaz de encontrar palabras para aquello. Bella quiso pasar su mano por la cabeza de Malik, pero él la esquivó.

—Vuelve cuando quieras —le dijo ya en la puerta, suspirando—. Aunque Simón no esté aquí. Me encantará verte y hacerte chocolate. Y podrás escuchar toda la música que quieras. ¡No lo dejes, Malik! ¡Empéñate en ello, hijo mío! ¡Piensa en tu abuelo!

Al alejarse, Malik se secó con una manga las lágrimas que se le escapaban sin querer.

Aquella noche, Simón no despegó los labios. Bella sabía que cuando estaba así lo mejor era dejarle solo para que rumiara sus negras ideas y esperar a que su mal humor pasara. Como de costumbre, Simón se instaló en su sillón, se puso los auriculares y se evadió con su música. Solo ella fue capaz de consolarle, aunque solo fuera un poco. Bella retomó su labor y dejó vagar sus pensamientos. Hacía más de treinta y cinco años que conocía a Simón y hacía más de treinta y cinco años que él sufría por la misma herida que se había obstinado en ocultar a toda costa. Nunca había soltado una palabra a nadie, ni siquiera a ella, su mujer, a pesar del gran amor que sentía por él. Pero lo que Simón callaba de día, lo hablaba de noche en las numerosas pesadillas que le atenazaban. Y por eso ella conocía el pasado de su marido. Ella nunca le preguntó nada, esperando que algún día él se lo contara. Ese día nunca había llegado, pero su encuentro con Malik había despertado en él dolorosos recuerdos, que eran la razón de tan espantoso humor. «Sin embargo —pensó Bella—, creo que él esperaba a este muchacho. Era necesario que le encontrara. ¡Es una pena que haya tardado tanto en llegar! ¡Ojalá no sea demasiado tarde!».

SIETE

Simón anduvo varios días taciturno. Lo que había ocurrido con Malik le había afectado profundamente y le había llevado a reflexionar mucho. Por primera vez, sintió no poder dar marcha atrás, no poder recorrer el camino de su larga y dolorosa carrera de profesor mediocre en sentido contrario. «Sí, he tenido mala suerte», pensó. Era desgraciado por complacerse en un castigo que él mismo se había impuesto y que solo él había sufrido. Él y puede que algunos de los cientos de alumnos que había visto pasar y que habían tenido que padecer su indiferencia. Sin contar el tiempo perdido en aburrirse, en ver pasar el tiempo en la esfera de su reloj o en intentar poner cara de disciplina, sin conseguirlo. Se había sentido más gendarme que profesor de música. «¡Pero qué imbécil he sido!», pensó.

«Solo con habérmelo propuesto, hubiera podido hacer que les gustara Bach, Mozart o Shostakovich. Y ¿quién sabe cuántos talentos escondidos, cuántos dones excepcionales no he detectado por negligencia durante todos estos años? Yo esperaba a un niño prodigio. Es verdad. Bella tiene razón. Pero lo esperaba sin molestarme en buscarlo. Habría sido suficiente con un pequeño esfuerzo o un mínimo de buena voluntad. ¡Cuántas cosas echadas a perder! ¡Pero cuántas cosas!»,

Simón no vio a Malik en los días siguientes. No tenían clase más que un día a la semana. Sin embargo, tuvo a Mulud Choukri, alumno de tercero, un chico difícil que los años anteriores le había dado mucha guerra. Pero Simón no estaba ya de humor para dejarse manejar. A las primeras payasadas de Mulud, Simón subió el tono. Con una voz fuerte y amenazadora le ordenó calmarse al instante si no quería que le echara de su clase ese día y el resto del año. Simón nunca había dado pruebas de firmeza. Era la primera vez que amenazaba a alguien con un castigo. Mulud dudó. Los ojos de sus compañeros estaban clavados en él; Mulud, el cabecilla, el jefe de la banda. No reaccionar equivaldría a perder la autoridad.

Simón, de pie en la tarima, con los dientes apretados y los músculos tensos a punto de romperse, se enfrentaba a la mirada de su alumno. «No cedas y, sobre todo, no bajes los ojos», pensaba.

Y, de repente, hubo tanta fuerza en la mirada de acero del viejo profesor, tanta determinación y tanta autoridad inesperada, que Mulud estaba desorientado. Hacía años que conocía al viejo Klein. Hacía años que él, Mulud, sembraba el pánico en todas las clases sin que el profesor se inmutara, como si le diera igual, como si no pudiera hacer nada. Así que él, que detestaba el colegio, no se sentía molesto, e incluso lo estaba pasando en grande con aquella situación.

Mulud, garganta seca y puños apretados, notaba que perdía seguridad y que una extraña angustia se apoderaba de él. Toda la clase contenía la respiración y le miraba. Y entonces se produjo lo inconcebible. Mulud se sentó con la cabeza baja.

Se oyó un murmullo en los pupitres.

—¡Silencio! —gritó Simón.

Y el silencio se hizo. Suavemente, Simón se volvió enseguida hacia el encerado, a la espera de un brusco aumento de rechiflas, pero no hubo nada. Cerró los ojos para relajarse. Cuando volvió a mirar a los alumnos, había recobrado la calma.

Dio su clase en medio de una calma religiosa. Su mirada iba de un alumno a otro, y se dirigía a sus ojos por primera vez. Les conocía desde hacía mucho tiempo, conocía su apellido, pero nunca hasta entonces había prestado atención a sus caras, a su personalidad, a sus gustos. A medida que hablaba, Simón se daba cuenta de que sus propuestas parecían interesarles. También se dio cuenta de que sus alumnos no comprendían este cambio brutal de comportamiento. ¿Qué le había ocurrido al señor Klein durante las vacaciones?

Cuando acabó la clase, cada uno se levantó, recogió sus cosas sin tan siquiera un poco de ruido de sillas y sin alaridos. Simón los vio salir. Cuando el último alumno desapareció, se instaló en su mesa con las manos en la cara y el cuerpo sacudido por extraños temblores.

—Profe, ¿se encuentra bien? —preguntó Emilie, a quien no había oído llegar—. Perdón —dijo ella—, es que he olvidado mi cuaderno.

—¡Cójalo, hija, cójalo! —farfulló Simón sin levantar la cabeza.

—¡Pero no puedo, está usted apoyado en él!

Simón se retiró.

Emilie pudo constatar entonces que, al contrario de lo que había pensado, no eran los sollozos los que hacían temblar a su profesor, sino una risa loca, una gigantesca risa loca que agitaba su cuerpo con curiosos sobresaltos. Espantada, se apoderó a toda prisa del cuaderno olvidado y salió pitando.

Decididamente, a su profesor lo habían cambiado. No era el mismo. ¿Y si era por ellos? ¿Y si eran ellos, los alumnos del colegio George-Sand, quienes le habían vuelto

loco? Carcomida por los remordimientos, Emilie se juró que nunca más se portaría mal en las clases del señor Klein. Sobre todo porque sabía que era su último año y que, al fin y al cabo, aunque a veces tenía una cara muy triste, como profe era enormemente amable.

«Cerrando el pico a Mulud —se dijo Simón— he ganado el respeto de toda la clase».

Un lejano recuerdo, que emergía de forma brutal del fondo de la memoria de Simón, puso un bemol a la satisfacción y le entristeció de repente: «Ataca siempre al más fuerte de la banda. Solo así te harás respetar», le recomendaba su padre cuando era pequeño. Este consejo, que había seguido al pie de la letra, había hecho de Simón un chico peleón y rebelde. ¡Simón el terror! Y mientras que su padre, orgulloso de las proezas de su hijito, sacaba pecho, su madre limpiaba y curaba sus heridas llorando. Esto se remontaba a tiempos muy lejanos y habían pasado muchas cosas desde entonces. Sin embargo, ante Simón aparecía claramente la alta figura de su padre, salida de la noche de los tiempos. En la vida le había tocado permanecer en el bando de los débiles, ya que había otros que eran mucho más fuertes que él. Más fuertes y, sobre todo, más crueles. Y nunca, más tarde, tuvo las ganas ni la fuerza de combatir a cualquiera que lo fuera. Se contentó con vagar por la vida humillándose, y nunca más había evocado las palabras de su padre.

Su victoria sobre Mulud no tenía nada de glorioso, ciertamente, pero Simón, que ya no creía en nada, tuvo la impresión de haber recibido un soberbio y providencial aplauso colectivo. Lo que acababa de pasar allí, en esa clase de tercero que le aterrorizaba desde hacía años, no podía ser más que un fenómeno sobrenatural. Demasiadas sorpresas parecían ligadas a esta vuelta a clase: el encuentro con Malik, sus ganas de montar un proyecto musical con sus alumnos, cuando nunca antes había tenido una idea semejante, su victoria sobre Mulud y, finalmente, la aparición repentina de la imagen de su madre y de su padre, imagen que creía enterrada en el fondo de su memoria.

En estos acontecimientos había un signo del más allá, como si todo lo que le ocurría estuviera escrito en alguna parte y hubiera llegado el momento de cambiar el curso de su vida. Y por primera vez en su larga carrera, Simón, preparando las cosas de su maletín, tuvo ganas de que llegara el día siguiente.

—¿Por qué no habré tenido antes esta actitud? ¿Por qué no di muestras de autoridad desde el primer día, cuando siendo joven aún franqueé por primera vez la verja de una escuela? ¡Toda mi carrera hubiera sido distinta! ¡Toda mi vida también! —

se lamentó a Bella.

—Veamos, Simón, tú sabes muy bien por qué.

Simón la miró asombrado.

—No entiendo lo que dices, Bella. Si hubiera sabido por qué, ¿habría pasado tanto tiempo sufriendo? ¿Habría empleado tanto tiempo intentando encontrar una solución?

—Pero, Simón, ¿cuándo serás sincero contigo mismo? ¿No crees que si has sufrido tanto como dices es porque lo has querido? ¡Abre los ojos! ¿Piensas que realmente buscaste el modo de salir de esa situación? ¡No! Preferiste compadecerte de tu suerte en lugar de levantar la cabeza y decirte que no todo estaba perdido, que tenías toda la vida por delante y que el hecho de llorar por ti no te devolvería a los que se habían ido, nada borraría lo que habías vivido. Nadie te pidió que olvidaras lo que habías vivido. Has sido tú, única y voluntariamente, quien ha pasado junto a su vida.

Simón había bajado la cabeza. Bella, en parte, tenía razón.

—Solo te equivocas en un punto, Bella. He hecho lo imposible por olvidar. Por olvidarlo todo. Creía incluso que lo había logrado. Había abandonado los viejos recuerdos en el fondo de mi memoria, donde los creía enterrados para siempre. Y además, hay tantas cosas que tú no sabes, Bella... Tantas cosas de las que nunca te he hablado porque quería olvidarlas a toda costa...

Bella estuvo a punto de decirle que sabía mucho más de lo que imaginaba, pero se calló.

Simón prefirió no seguir la conversación. Estaba claro que no había hecho nada para salir de esa situación. Estaba claro que durante todos aquellos años, nunca había buscado el menor placer o consuelo en su trabajo, ya que él no había elegido esta profesión. La vida la eligió para él. Así que había fracasado por completo. Nunca había intentado tener éxito, ni siquiera había pretendido que lo consideraran un buen profesor de música. No había hecho nada de eso. Solamente había deseado que el destino del mundo entero se tambaleara. Había querido que nadie en el mundo realizara sus sueños de la infancia. Y durante treinta y cinco años, había ido todos los días al colegio con el alma muerta, sin darse cuenta de que tenía allí, ante sus ojos, a cientos de niños a los que habría podido transmitir su amor por la música. Y ahora lo sentía, ahora que era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—¿Has visto hoy a Malik? —le preguntó Bella, que había ido a su encuentro en el salón.

—No, no le veré más que una vez por semana, en clase de música. No hay otra razón para verle.

—Excepto si te apetece —le dijo Bella—. Yo le propuse que viniera a verme otra vez, pero ayer parecía tan decepcionado que dudo que lo haga.

Simón se encogió de hombros e hizo intención de ponerse los auriculares. Entonces Bella montó en cólera. Simón se quedó con la boca abierta mientras su mujer, en medio del salón con los brazos enjarras, le increpaba:

—¡Simón Klein, esta vez no vas a huir! Es demasiado fácil evadirse con la música a la menor dificultad. Nunca te he dicho nada. Siempre he respetado tus silencios. Siempre he aceptado tus decisiones. ¡Pero esta vez no estoy de acuerdo! ¡No estoy en absoluto de acuerdo contigo! ¡No hagas algo irreparable, Simón! Este muchacho te necesita. ¡Cuenta contigo! ¡No rompas su sueño solo porque rompieron el tuyo! ¡No sería justo!

OCHO

Simón no encontró a Malik en la mediateca. El empleado le dijo que hacía días que no le veía. Se instaló y esperó hasta la hora de cierre. Pero Malik no apareció. Simón volvió al día siguiente y le esperó otra vez, en vano.

El lunes por la mañana, en la escuela, Simón le vio y le hizo una señal. Malik le evitó.

—Está de morros —le explicó Bella—. ¡Te está bien empleado!

—Y ¿qué hago?

—Esperar —le aconsejó ella—. Esperar a la próxima clase de música e intentar hablarle. Si no quiere, terminarás viéndole en la mediateca. Si la música le gusta tanto como dice, no estará mucho tiempo sin ir, creo yo.

—No, Bella, se me ocurre otra cosa. De hecho es un proyecto que tengo en la cabeza desde que volvimos de vacaciones. Y, además, creo que será una buena forma de reconciliarme con Malik.

—¿De qué se trata, Simón? —preguntó Bella con curiosidad.

—Y bien, ¿qué quieren los chicos? Música moderna, «máquina», como dicen ellos. Y si quieren música moderna, me apetece dársela yo, pero a mi manera. Así que mi intención es montar un espectáculo musical en el que participen todos los alumnos que quieran. Si da permiso el director, claro.

—¡Es una excelente idea, Simón! ¡Excelente! —exultó Bella—. Y no habrá ninguna razón para que el director se oponga, ¿no?

—No sé, pero tengo el cerebro en ebullición. Estoy cada vez más empeñado en el tema del espectáculo y una vez superada esta dificultad y obtenido el permiso, no habrá tiempo que perder. Querría montar una especie de comedia musical. Escribir los textos con los alumnos, componer la música, preparar la puesta en escena, los trajes, los decorados, ¡todo en un curso! Es una empresa colosal que no puedo emprender solo. Necesitaré a los alumnos, pero también a otros profesores y a los padres y...

—¡Simón, Simón! —le interrumpió Bella—. No te embales. Es tu proyecto y te felicito, pero te costará movilizar a tanta gente. No seas demasiado ambicioso. ¡Sabes

que no es fácil poner de acuerdo a un grupo de gente en torno a un proyecto que no se les ha ocurrido a ellos!

Con la barbilla apoyada en los dedos, el director observaba a un Simón transfigurado, que presentaba un proyecto de espectáculo para final de curso. Absolutamente entusiasmado, Simón iba y venía, se sentaba, se levantaba de nuevo dando vueltas y hablaba, hablaba. Parecía transportado. «No es la misma persona», se decía. Conocía desde hacía bastante tiempo a Simón Klein y había sentido siempre pena y compasión por él, adivinando en su alma una profunda herida de la que creía conocer su origen.

Sumergido en sus pensamientos, el director se vio llamado bruscamente al orden.

—¡No me está escuchando! —protestó Simón.

—¡Oh, sí le estoy escuchando, Simón!

—¿Entonces?

—Su idea es tentadora. Lo único es que mucho me temo que todo esto perturbe el buen funcionamiento del centro. Podría desbordarnos. También podría ocurrir que los alumnos descuidaran sus tareas escolares por preparar el espectáculo, así que...

—¡También podría suceder lo contrario! —le cortó Simón—. Llevar a buen puerto un proyecto común uniría a los alumnos y también podría unir a los profesores que, en su mayor parte, se contentan solo con codearse durante años, sin crear nunca lazos. Además, los alumnos trabajarían conjuntamente con los profesores para escribir los textos, para diseñar los decorados, los trajes y en los ensayos. ¡Todos los que quisieran serían bienvenidos! Podemos pedir ayuda a los padres, que estarían contentos, pienso, de que se les invitara a participar de la vida escolar. Eso también crearía lazos de amistad.

—¡Le encuentro muy ambicioso, Simón! Su proyecto es sin duda loable, pero casi utópico. Me temo que no será tan fácil e idílico como usted planea. ¡Y el apoyo de sus colegas todavía no lo tiene, sépalo!

—¡Habla usted como mi mujer! —refunfuñó Simón.

El director se echó a reír:

—De acuerdo, Simón. No voy a ser un aguafiestas. Le propongo someter su

proyecto a votación en el claustro. Tenemos uno esta tarde. Lo añadiremos al orden del día.

Simón reflexionó unos instantes. La partida no estaba ganada aún. Pero no tenía elección.

—¡De acuerdo! —dijo entre dientes.

Ni Bella ni el director se equivocaron. La acogida del proyecto de Simón por parte de sus compañeros fue floja. Y los que se ofrecieron a participar apenas representaban la mitad del claustro. Sin embargo, Simón no se desanimó. Obtuvo el cincuenta y dos por ciento de los votos y decidió contentarse con eso. No iba a descorazonarse por tan poca cosa. Había fracasado demasiados años en los que no se había interesado por nada y en los que solo esperaba que el tiempo transcurriera. Y como tenía el apoyo del director y de una justa mayoría de profesores, actuaría en consecuencia. Peor para los demás. Y cuando Gaillot se puso a criticar la idea e hizo puntualizaciones desagradables antes de anunciar en voz alta y fuerte que no quería implicarse en un proyecto que calificaba de absurdo, Simón le lanzó tal mirada de desprecio que se quedó con el pico cerrado.

—Los que no desean participar en el proyecto pueden retirarse —indicó el director—. ¡Los demás, a trabajar!

Hizo un guiño amistoso a Simón, a quien se le encendió el corazón.

—El problema es encontrar el tema —dijo Simón en cuanto se encontraron reunidos.

—¿Se admiten sugerencias? —preguntó Sylvie Dufau—. ¿Qué tal un tema que evoque las diferentes culturas y tradiciones? Gran parte de nuestros alumnos viene de países diferentes. Sería enriquecedor sacar partido de ello. Y desde un punto de vista musical, sería también muy interesante.

Al conjunto de profesores le pareció el tema ideal y se escogió por unanimidad.

—Muy bien —concluyó el director visiblemente satisfecho—. Pero una cosa: quiero que sepan que al menor problema de disciplina que provoque este proyecto me veré obligado a suspenderlo. ¿Estamos de acuerdo, Simón?

—Totalmente de acuerdo.

Con esta idea se retiraron y Simón volvió a su casa dando saltitos y cantando de alegría. La señora Laval, al verle pasar, arqueó las cejas:

—¡Creo que este hombre se ha vuelto loco! —dijo a *Tigris*, al que aquello traía sin cuidado.

Una vez más, Bella tenía razón. En clase de música, Simón constató que Malik le ponía mala cara. Echado sobre su mesa, en la última fila, no participaba más que cuando le tocaba. Si por todas partes se oyeron admiraciones entusiastas cuando Simón les contó su proyecto, Malik manifestó el mayor desinterés. Aunque si Simón se hubiera fijado bien habría descubierto una intensa alegría en los ojos de su alumno por la idea de semejante fiesta. ¡Crear música! ¿No era lo que más deseaba él en el mundo? Y veía bien que el señor Klein se dirigiera a él, porque no dejaba de mirarle como si lamentara lo que había pasado el otro día.

«Pero ¿qué le ha sucedido? ¿A qué juega? —se preguntaba Malik—. ¿Por qué me invitó a su casa? ¿Solo para tomar chocolate? ¿O para darme envidia con su colección de discos?». Malik no entendía nada. ¿Había hecho o dicho algo que no le gustara? Aunque se rompía la cabeza, no se le ocurría nada. Había tenido la tentación de ir a ver a Bella, como ella le había propuesto, pero no se atrevió. Como tampoco Simón tuvo valor para abordar a Malik ese día al final de clase, como se había prometido.

—¡Este chico es más testarudo que una mula! —dijo a Bella para justificarse—. No me ha dirigido la palabra. Aún peor, ¡me ha ignorado totalmente!

—Sin embargo, estáis destinados a entenderos —contestó Bella—. ¡Yo también conozco a alguien más testarudo que una mula!

—Pero es él quien tiene que dar el primer paso, ¿no?

—Sí, sin duda el más joven, pero eres tú quien le ha herido. Así que tú debes disculparte. Porque además ese pobre chico no debe comprender tu actitud. Tú lo buscas en la mediateca y después le mandas a su barrio como si nada, por la simple y única razón de que quiere aprender a tocar el violín. Imagino que el pobre chaval debe estar desconcertado.

—Y entonces, ¿qué propones? —preguntó Simón, que estaba en la obligación de admitir que Bella tenía, como siempre, razón.

—Bueno, mañana es domingo. Quizá podrías ir a pasear por su barrio.

—¡Ni lo pienses! ¡No voy a ir allí a que me maten!

—¿Qué dices? Nunca has puesto los pies allí y me extraña que tú, Simón, hagas caso a los rumores. No te dejarás influir por personas como la señora Laval, por ejemplo, ¿no? ¿No hemos sufrido bastante por ese tipo de mentiras para jugar ahora a esto, Simón?

Simón refunfuñó:

—Estoy de acuerdo contigo, Bella. Sin embargo, no creo que sea una buena idea. Malik no lo apreciaría. No quiere que en su casa sepan que quiere aprender música. No me lo perdonaría nunca. Me odiaría de por vida. No, prefiero esperar un poco más. No estará de morros eternamente.

—Haz lo que quieras —replicó Bella con un suspiro.

Sabía que Simón no soportaba precipitarse, ni que le pusieran entre la espada y la pared. Pero ella no soportaba la idea de permanecer impasible. Si Simón era libre de esperar, ella también era libre de actuar.

NUEVE

Bella iba al mercado todos los domingos por la mañana. Sin embargo, ese domingo salió en sentido contrario.

—Pero ¿adónde va? —preguntó la señora Laval a *Tigris*—. ¿No va hoy al mercado? ¡Es curioso! ¡Sí, muy curioso!

No, Bella no iba al mercado. Había hecho las compras la víspera en el supermercado de al lado, aunque normalmente no pisaba por allí. Pero hacía falta que llevara a cabo sus planes sin alertar a Simón. Por eso se daba prisa. No disponía de mucho tiempo.

Clara, su amiga de la infancia, la esperaba.

—Venga —dijo a Bella quitándole el abrigo—, ¡cuenta! Por teléfono estabas de lo más misteriosa.

Bella se echó a reír:

—Pues, ya ves, tengo que pedirte un gran favor —respondió a su amiga abrazándola—. Y sobre todo, mucha discreción. Simón no debe saberlo. No quiero que esté al corriente de lo que te voy a pedir. O no me lo perdonaría nunca.

Después de hacerla participe de sus planes y de haber conseguido su adhesión entusiasta, concertaron los horarios de las clases de violín que Clara daría a Malik todos los miércoles por la tarde.

Bella, dividida entre la alegría y la mala conciencia, rehizo el camino en sentido contrario y llegó a su domicilio. Simón no se dio cuenta de que se había ido y vuelto sin la cesta de la compra.

A Bella le costó más ejecutar la segunda parte de su plan. Tenía que encontrar a Malik lo más rápidamente posible y hablar con él. No era cuestión de llamar por teléfono ni de presentarse en su casa. Después de todo, aunque en casa de los Choukri todo el mundo conocía a Simón Klein, el profesor de música, nadie conocía a su esposa. Tomó una decisión: el miércoles por la tarde tomaría el autobús rumbo a su barrio.

Ella nunca había estado allí. Simón tampoco, pero estaba convencido de que esta zona era un auténtico nido de gamberros, a cual más peligroso.

Bella no tenía miedo. Los niños jugaban por aquí y por allí como en todas partes, bajo la atenta mirada de sus madres, que los vigilaban mientras charlaban. Otros, los mayores, hablaban apoyados sobre una pared, fumando cigarrillos. Más lejos, un grupo de hombres jugaba a los bolos. Nadie se fijó en ella. Cuando se fue acercando a los edificios, le impresionó ver los muros cubiertos de pintadas, las puertas rotas y los buzones desfondados.

Bella estaba perdida. ¿En qué bloque vivirían los Choukri? ¿En qué piso?

—¿Puedo ayudarla, señora? —preguntó una joven africana envuelta en su rebozo, que portaba unas bolsas llenas en los brazos y un bebé en la espalda.

—A decir verdad —respondió Bella—, yo debería hacerle la misma pregunta...

—No se preocupe —dijo la joven—, estoy acostumbrada. ¿A quién busca?

—A la familia Choukri.

Visiblemente desconfiada, preguntó:

—¿Y qué quiere usted de la familia Choukri?

—Nada —respondió Bella asombrada ante semejante cuestión—. Pues..., de hecho, no busco a los padres, sino a Malik, el pequeño.

—¿A Malik?

—Sí, a Malik. ¿Le conoce?

—Sí —respondió la joven siempre recelosa—, conozco bien a Malik, es un encanto el pequeño. ¿No lo querrá por nada malo, verdad?

—¡Oh, no, por supuesto que no!

Bella, que buscaba desesperadamente una respuesta sensata, fue milagrosamente salvada por Malik en persona, quien, bajando a toda prisa las escaleras del edificio, desembocó en la entrada, interrumpiendo así el penoso interrogatorio a que Bella estaba siendo sometida.

—Señora Klein, ¿qué hace usted aquí?

—¡Malik! —exclamó ella como si se le hubiera aparecido el Mesías.

Después de haber dado las gracias a la joven con una sonrisa, se llevó al niño del brazo.

—¿Cómo me ha encontrado? —le preguntó él cuando se alejaron un poco.

—No me ha resultado muy difícil. Ha sido suficiente echar un vistazo entre las cosas de Simón hasta encontrar la ficha con tu dirección, pero tu casa no tiene número y estaba un poco desorientada.

—Ah, bueno. ¿Y qué quiere?

—Hablar contigo. Ven, vamos a caminar un poco.

Bella le contó su plan a Malik. Él escuchaba atentamente. Cuando se calló, él la miró con escepticismo. Y la sonrisa de Bella, que esperaba una explosión de entusiasmo, se congeló.

—Perdona por haberte molestado con mis planes —soltó desconcertada—. Me he equivocado. No se hable más. Pensaba que hacía bien, pero veo que esta idea es completamente descabellada. Adiós, Malik. Estoy encantada de haberte conocido, de verdad.

Y con esto se dio la vuelta, dejándole estupefacto del todo.

Cuando Bella escuchó que la llamaba, no pudo evitar lanzar un inmenso suspiro de alivio.

—Pero ¡no es eso! —se defendió él con vehemencia—. ¡Usted no ha comprendido nada! El otro día el señor Klein me mandó a paseo. ¡Deberían ponerse de acuerdo!

—Escucha, Malik, he venido a hacerte una propuesta sincera. No se lo he dicho a Simón y él no sabe que estoy aquí. Comprendo muy bien que su reacción del otro día te haya parecido extraña. Sin embargo, no debes estar resentido con él. Espero que algún día puedas comprender ciertas cosas. Pero esa no es la cuestión en este momento. Lo que quiero saber es si mi propuesta te interesa o no. Si no estás interesado, no importa. No me enfadaré, lo comprenderé perfectamente.

—¡Claro que me interesa! —gritó—. ¡Usted sabe que es mi sueño!

—¡Magnífico! —replicó Bella—. Estaba segura de ello, pero voy a pedirte una promesa.

Y Malik prometió todo lo que Bella le pidió.

Al día siguiente, en el colegio, Simón se puso muy contento al constatar que Malik parecía haber olvidado su rencor, tal como él había previsto. «Aprenderá piano —decidió—. Le pediré a mi amigo Sacha que se ocupe de ello. Estoy seguro de que olvidará rápidamente lo del violín. Será un excelente pianista».

—¿Cuándo empezamos las clases de solfeo? —le preguntó a Malik al final de la clase.

—¡Cuando usted quiera! —respondió Malik con entusiasmo.

—Mañana, a las seis, en mi casa. ¿Te viene bien? —¡Sí, profesor! ¡Allí estaré! ¡Gracias, señor Klein! Y Malik se alejó dando saltos como una cabra.

En el camino de vuelta, Simón se sorprendió tarareando una alegre melodía que le rondaba por la cabeza desde por la mañana. «¡Tengo que transcribirla! Podría servir para nuestro espectáculo».

DIEZ

—Malik, además de nuestras clases de solfeo, te he apuntado en el conservatorio municipal —anunció Simón al día siguiente en la escuela—. Empiezas las clases la semana que viene. Habrá que trabajar duro, porque esto no debe repercutir en las clases del colegio. Un verdadero músico debe ser una persona instruida y culta. Esta tarde, después de las clases, te llevaré a casa de un amigo, pero...

Simón parecía nervioso, dudaba:

—Pero —siguió por fin— me gustaría que esto fuera un secreto. Un secreto entre nosotros.

—¿Un secreto? —se asombró Malik.

—Sí, me gustaría que por ahora no le dijeras nada a Bella.

Malik tenía ganas de echarse a reír. Decididamente, los Klein eran los reyes del secreto.

—De acuerdo —dijo Malik, que prefería no prometer ni jurar nada.

Así que por la tarde, intrigado y lleno de curiosidad, siguió a Simón. Caminaron juntos hasta el centro, donde Simón se detuvo ante una casa señorial.

—Sacha, somos nosotros —dijo por el interfono.

Era un hombre alto, delgado, con los cabellos totalmente plateados. Encima de su traje llevaba una bata de seda roja y negra, lo cual intimidó enormemente a Malik.

—¡Aquí está! Te presento a Malik —dijo Simón a aquel señor.

—Encantado —respondió él tendiéndole la mano—. Yo soy Alexandre Brodowski, tu profesor de piano, pero todos me llaman Sacha.

—¿Profesor de piano? —dijo Malik inmóvil—. Pero...

—¿No estás contento? —preguntó Simón—. Te regalo las clases del profesor de piano más grande que conozco...

Simón estaba encantado de su sorpresa.

Malik, en cambio, se quedó mudo. Sacha le condujo al salón, donde había un magnífico piano de cola de verdad, cosa que Malik jamás había visto. Sacha se sentó en un taburete tapizado de terciopelo rojo e hizo una señal a Malik para que se colocara a su lado. Sacha posó las manos sobre el teclado y se puso a tocar. Sus dedos apenas rozaban las teclas blancas y negras.

Sus manos volaban y los sonidos llenaban la habitación con una música maravillosa. Malik contenía la respiración. Nunca había escuchado nada tan bello. Tuvo la sensación de que la música le impregnaba totalmente y se instalaba en cada fibra de su cuerpo. Cuando Sacha dio el último acorde, Malik se levantó, siguió a Simón como un autómatas y no pronunció una palabra en todo el camino.

Malik no pegó ojo en toda la noche. Tuvo una horrible pesadilla en la que aparecían las caras deformadas de su abuelo, de Simón, de Sacha y de Bella, y luego entrechocaban violines y pianos en una loca rueda. Era demasiada emoción para él solo. Tenía que contárselo, por lo menos, a su madre. Cuando la oyó ir a la cocina, fue con ella, descalzo y con los ojos hinchados.

—¿Hijo, estás enfermo? —preguntó alarmada la señora Choukri.

—No, pero tengo que decirte una cosa.

—¿Has hecho alguna tontería, Malik? —preguntó extrañada.

—No sé si es una tontería...

Malik habló a su madre de las clases de piano. Solo de las clases de piano. Y ella no montó en cólera. Primero dio muestras de asombro, después, de interés por Simón y Bella, sobre los cuales se hacía muchas preguntas. Y finalmente le interrogó:

—¿Estás contento, hijo mío?

Malik acompañó su afirmación con la mejor de sus sonrisas.

Después de clase, fue a casa de los Klein con el corazón más ligero. Sabía que Simón tenía aún clases en la escuela y que podría hablar a solas con Bella. Sentía no mantener la palabra que le había dado a Simón, pero no lo podía hacer de otra manera, tenía que contarle todo a Bella.

—¡No te pongas tan nervioso! —dijo Bella con mucha calma—. Bueno, esto no estaba previsto en el programa. No podíamos saber que Simón te haría empezar ya las

clases de piano. Creo que va muy rápido, lo cual no le pega nada. Pensaba que en un primer momento iba a contentarse con el solfeo. Pero eso es que confiaba plenamente en ti. ¡Es estupendo!, ¿sabes?

—¿Qué hacemos ahora, señora Klein? —preguntó Malik.

—Hay varias soluciones. Lo primero es saber qué es lo que tú quieres hacer. Si no quieres aprender a tocar el piano, no tienes más que decírselo a Simón. Él sabe perfectamente que tu sueño es el violín. Incluso si quiere persuadirte por todos los medios, tú no tienes por qué renunciar a ello. También puedes decirle que no te encuentras preparado para aprender a tocar un instrumento y que prefieres dedicarte primero al solfeo, porque todo a la vez es mucho, simplemente.

—¡Pero no puedo decirle eso! Se enfadaría mucho y se pondría muy triste. ¿Por qué el profesor Klein no quiere que toque el violín?

—¡Oh, Malik, eso es una larga historia que no tengo tiempo de contarte ahora! Así, pues, ¿qué decides?

Malik bajó la cabeza:

—¡Me ha gustado mucho el piano! —murmuró de forma apenas audible.

—¡Estaba segura! —exclamó Bella—. Escucha, si prefieres el piano al violín, no hay problema. Clara lo comprenderá. Estaba encantada de que la hubiéramos elegido como profesora, pero es una amiga de toda la vida y no habrá problema para abandonar sus clases por las de Sacha Brodowski.

—¡Oh, no, señora Klein! ¡No quiero dejar las clases de violín con Clara! Lo que me gustaría es probar los dos instrumentos antes de elegir.

—¡Creo que es una sabia decisión, muchachito! Es lo que hay que hacer. Probar los dos instrumentos antes de que tomes, tú y tú solo, una decisión. Pero ¿cómo piensas hacerlo? El lunes y el jueves, piano. El miércoles, violín. Conservatorio el sábado, solfeo con Simón todas las tardes. ¿Y tus deberes y todo eso? ¿Y tus entretenimientos? A tu edad un chico debe divertirse con sus amigos, jugar al fútbol, hacer deporte.

—¡Todo eso no me importa! Yo quiero estudiar música. Estoy dispuesto a trabajar mucho, mucho. Y estudiaré en el colegio. No es muy difícil y voy bien.

—¡Que así sea! —dijo Bella sonriendo—. Pero esto no cambia nuestro acuerdo. Yo

no querría que Simón supiera que Clara te da clases de violín. ¡Por lo demás, no te preocupes! Te ayudaré todo lo que pueda. Y si tienes el más mínimo problema, ¡no dudes en venir a verme! Y ahora, vamos a merendar, ¿quieres?

El tono de Bella era alegre y sus ojos brillaban de satisfacción. La pequeña traición de Simón la liberaba de la suya y, de repente, se sentía aligerada del enorme peso del que no había podido deshacerse hasta entonces.

ONCE

Cuando Simón llegó a su casa, encontró a Malik instalado en la cocina, merendando con Bella. Estaba encantado, pero no lo demostró.

—¿Estás preparado para las clases? —preguntó con tono seco a su alumno.

—Sí, profesor —respondió Malik sacando de su cartera el cuaderno y el libro de solfeo.

—Bien —dijo Simón—. ¡Abre el libro por la página nueve y descifra el primer pentagrama en clave de sol!

Malik, sin el menor tropiezo, descifró pentagrama tras pentagrama.

Malik trabajaba sin parar, aplicándose para satisfacer a cada uno de sus profesores, atendiendo su trabajo escolar y avanzando en materia de música. Solfeo, piano, violín, iba de una cosa a otra con el mismo amor, con la misma pasión, sin protestar nunca por las tareas, sin mostrar nunca fatiga, repitiendo incansablemente las escalas y los numerosos ejercicios. Ni Sacha, ni Clara, ni el profesor del conservatorio ponían en duda su talento. En cuanto a Simón, aunque muy ocupado con la preparación del espectáculo, seguía muy de cerca los progresos de su pequeño protegido. ¡Nadie estaba más orgulloso que Simón! Aunque no lo dejaba traslucir. Nunca la más mínima alabanza, nunca el más mínimo halago.

—¡Podrías decirle algo! —le reprochaba Bella, entristecida al ver a Malik buscar desesperadamente una pequeña muestra de satisfacción en los ojos de su profesor.

—No es necesario. Si no toca más que por los aplausos, no será nunca un buen músico. Un músico toca sobre todo para él.

—Es verdad —decía Bella—, pero un poco de ánimo nunca ha hecho daño a nadie y Malik ¡se entrega y se esfuerza tanto!

A la primera ocasión, Bella volvió al barrio de Malik, pero esta vez para hablar con la señora Choukri.

—¡Yo la conozco a usted! —le dijo, al reconocer a la joven africana que había encontrado en su primera visita.

Bella sonrió y le preguntó si quería acompañarla hasta el piso de la señora

Choukri.

—Me espera —añadió rápidamente para evitar las preguntas de la joven.

—¡Así que usted es la señora Klein! —dijo Leda Choukri, mirándola de arriba abajo—. Mi Malik me ha hablado de usted y de su marido.

La señora Choukri puso agua a calentar para el té y luego colocó una montaña de dulces caseros sobre la mesa.

—Necesitaría su ayuda, señora Choukri —comenzó Bella.

—¿Mi ayuda? —contestó asombrada.

—De hecho, es necesario que me confíe a usted —añadió Bella bajando la voz.

—¡Ah! —exclamó la señora Choukri sentándose a su lado.

—No sé si Malik le ha explicado la situación —preguntó prudentemente.

—¡Por supuesto, mi Malik me cuenta todo! —se indignó la señora Choukri—. Sé que gracias a usted estudia piano. Me lo ha dicho. Debería haber ido a verla para agradecerse, pero con todo el trabajo de la casa y los niños, no es fácil salir.

Malik había desfigurado un poco la realidad y no se había atrevido a hablar del violín, dedujo Bella, sabiendo así a qué atenerse.

La señora Choukri cerró la puerta de la cocina y bajó el tono de voz para seguir: —No sé cómo decírselo, señora, pero Malik era muy desgraciado. Es culpa mía. En fin, de mi madre sobre todo. Ella no quería que aprendiera a tocar el violín. Así que yo también se lo prohibí. Pero él sufría enormemente y yo sufría con él. Es un buen chico. Y me dolía mucho verle así. Así que cuando el otro día me habló del piano, no dudé, me dije que, después de todo, no es como el violín, el piano no se parece en nada. Con el piano no corre ningún peligro. Y así podrá estudiar música sin desobedecer a su abuela. ¡Si usted supiera lo contento que está!

La señora Choukri posó entonces la mano sobre el brazo de Bella y bajó aún más el tono de voz hasta susurrarle: —¿Le ha hablado de su sueño?

Bella asintió con la cabeza.

—Cuando me contó ese sueño monté en cólera. Después reflexioné y me dije que no era justo, y que prohibirle estudiar música no era la mejor manera de honrar la memoria de mi padre.

—¡Precisamente, señora Choukri! —interrumpió Bella, que encontró una ocasión estupenda como para desaprovecharla—. ¿No cree usted que lo que quiere Malik es respetar y honrar la memoria de su abuelo?

—Sí, claro...

—Entonces ¿por qué no dejarle escoger entre el piano y el violín?

—Pero...

—No está claro que vaya a elegir el violín. Pero es muy probable que se incline por el instrumento que tocaba su abuelo. Sin embargo, para eso necesitaría su permiso...

Bella había hablado en tono neutro, tratando de no mostrar su emoción. Esperaba una respuesta con fuertes palpitaciones.

La señora Choukri reflexionaba con las cejas fruncidas. Su cara se alegró, al fin, y declaró sonriendo: —¡Espero que mi madre no se entere de nada!

Bella apretó el brazo de la señora Choukri. Quería estar segura de haber comprendido bien.

—¿Estaría usted de acuerdo si Malik aprendiera a tocar el violín?

La señora Choukri asintió tímidamente con la cabeza, como si esta decisión fuera tan temeraria que la sobrepasara.

—¿Puedo preguntarle una última cosa?

—¡Vamos! —soltó una carcajada la señora Choukri—. ¡En el punto en que nos encontramos!

—¡A Malik le gustaría tanto tener el violín de su abuelo!

—¡No se mueva! Enseguida vengo.

La señora Choukri volvió al momento con el preciado violín envuelto en papel de periódico.

—Ninguna persona lo ha tocado desde la noche en que murió.

Conmovida por esta muestra de confianza, Bella sintió la necesidad de confiarse a esta mujer a la que apenas conocía.

Decidió entonces contarle todo.

—Señora Choukri —le dijo—, debo ser franca y honesta con usted. Cuando conocí a Malik quedé tan impresionada por su deseo de aprender a tocar el violín que enseguida tuve ganas de ayudarlo. Y tomé sola, sin consultarle a usted, la iniciativa de hacer que una amiga violinista le diera clases. No tenía intención de hacerlo a sus espaldas. Y por eso he venido hoy. No estoy contenta conmigo.

Bella se puso colorada y se calló.

La señora Choukri no pareció muy sorprendida por lo que Bella acababa de revelar.

—¿Cómo podría estar enfadada cuando usted ha ayudado a mi pequeño a realizar su sueño?

Bella lanzó un gran suspiro de alivio.

—No sé cómo agradecerles, a su marido y a usted, que se ocupen así de mi chico —siguió la señora Choukri.

—Sabe, nosotros, Simón y yo, nunca hemos tenido hijos —respondió Bella bajando la cabeza—. No hemos tenido la posibilidad, desgraciadamente. Y le agradezco mucho que me permita ocuparme un poco del suyo.

Su voz se cascó. No pudo continuar y se levantó para marcharse.

La señora Choukri la estrechó entre sus brazos con cariño.

De vuelta a casa, Bella se decía que no había ninguna razón para arrepentirse de la decisión que había tomado sola, sin consultar a Simón, cosa que nunca había ocurrido. ¿No había hecho él lo mismo? Como ella tenía el permiso y el apoyo de la señora Choukri, Malik aprendería a tocar el violín, con o sin el consentimiento de

Simón. Y este consentimiento acabaría por obtenerlo un día. Simón iba por buen camino.

Ahora no era más que cuestión de tiempo. ¡Y Malik iba a estar tan contento de poder tocar el violín de su abuelo!

DOCE

—Sylvie Dufau me ha dado una nota para ti —dijo Simón a Bella tendiéndole un sobre cerrado, mientras Malik, con la boca hecha agua, esperaba su chocolate.

—¿Sylvie Dufau? —se extrañó Bella.

—Sí, ¿sabes?, es una de mis compañeras, la joven de la que te he hablado.

Intrigada, Bella les dejó merendando y se separó para conocer el contenido de la carta.

«Señora, ¿podría verla mañana a primera hora de la tarde en su casa? Termino a las tres y me gustaría mucho entrevistarme con usted para hablar de un tema que me preocupa mucho», escribía la joven profesora, que le dejaba también su número de teléfono.

«Es extraño —pensó Bella—. ¿Qué querrá?».

Simón, con la cabeza en el espectáculo, no le preguntó nada.

—Señora Klein —le dijo ella al día siguiente, cuando se instalaron en la alegre cocina de Bella—, quería hablarle de un tema bastante delicado y no sé muy bien cómo empezar. Y sobre todo, no quisiera parecerle entrometida...

—Vamos, hija —la animó Bella sirviéndole un enorme trozo de tarta de chocolate.

—Pues, yo sé que el señor Klein y usted son judíos. Y por su edad, he deducido que probablemente hayan vivido la Segunda Guerra Mundial.

—¿Tan mayor parezco? —terció Bella sonriendo.

—¡Oh, no, no es eso lo que quería decir! —se excusó la joven.

—Lo sé, estaba bromeando —le aseguró Bella—. Es exacto. Simón y yo somos judíos y, efectivamente, sobrevivimos a la *shoah*^[2]. Pero ¿qué tiene eso que ver con el espectáculo de final de curso? —dijo ella asombrada, pues no esperaba una propuesta de este tipo.

—Mire, la Segunda Guerra Mundial ocupa un lugar bastante importante en nuestros programas de Historia. Pero es una época que para nuestros alumnos parece

muy lejana. Y, además, está comprobado que la mayoría de los alumnos ignora lo que pasó durante este período y pienso que este fenómeno irá en aumento con el paso de los años. Así que he pensado organizar una especie de conferencia con la proyección de una película a la que seguiría un debate con los niños, y...

Sylvie, toda apurada, se calló.

—¿Y? —insistió Bella.

—Y supervivientes.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bella—. ¡Ni pensarlo! ¿Quién le ha dado esa idea?

—El director —balbució la pobre Sylvie, colorada como un tomate—. Cuando le presenté mi proyecto no había pensado en Simón, pues no conocía su pasado. Tenía referencias de un anciano deportado que va por los colegios para contar y dar testimonio de lo que vivió. Fue entonces cuando el director me sugirió preguntar a Simón antes de invitar a un desconocido. Me dijo que Simón Klein era la mejor elección, primero porque los alumnos le conocen, lo que daría una especial dimensión al debate y, además, porque le haría bien hablar de ello. Además es su último año de enseñanza y...

—¡Pobrecita! —dijo Bella cogiéndole la mano—. Su idea está llena de buenas intenciones, pero no ha dado usted con las personas adecuadas. Simón nunca aceptará hablar públicamente de lo que vivió. Además, se niega a recordar. Incluso conmigo ha rechazado siempre hablar de ello. Conmigo, que he vivido lo mismo que él.

—¿Y usted? ¿Aceptaría hacerlo usted?

—¿Yo sola?

—¡Sí, usted! Usted fue deportada, ¿no es verdad? —dijo entonces Sylvie con los ojos fijos en el número tatuado en el brazo de Bella, cuya manga se había levantado ligeramente.

—¿Y qué tendría que decir? —preguntó Bella, con los ojos como platos.

—La verdad, simplemente. Tendría que compartir con los alumnos lo que ha vivido y responder a las preguntas que preparemos en clase.

—No sé —respondió Bella indecisa—. Tengo que pensarlo y hablarlo con Simón.

—¡Es importante, Bella! —añadió Sylvie, animándose poco a poco—. Necesitan testimonios reales, y los de personas que ellos conocen o que están a su lado tienen más peso que cualquier película o documental de la tele.

—De verdad, tengo que pensarlo, Sylvie. ¡Déjeme unos días! Me pilla usted de sorpresa. Le responderé después de las vacaciones de Navidad.

—¡Oh, Bella, me gustaría tanto que aceptara! Y si usted lo hace, es posible que Simón también participe.

—¡No se haga ilusiones, hija! Simón no querrá. A menos que se produzca un milagro, lo rechazará.

Aquella tarde, después de las clases de solfeo de Malik, Simón preguntó a Bella: —¿De qué habéis hablado Sylvie y tú?

Bella se sintió enrojecer. ¿Cómo sabía que había venido? Ella se había preocupado de recoger todo, de lavar los platos y las tazas para que Simón no se diera cuenta de que había tenido una visita. Simón sonrió ante el desasosiego de su mujer.

—Su perfume, querida —dijo con un aire picaro—. A una mujer le traiciona siempre su perfume. Reconozco el de Sylvie. Flota permanentemente en la sala de profesores. O sea, que ¿de qué habéis hablado? —insistió Simón.

—De unas cosas y otras —respondió Bella tratando de hacerlo con un tono despreocupado.

Simón volvió a sonreír. ¡Cómo le gustaba cuando mentía! ¡Y qué mal mentía su Bella! Decidió tirarle un poco de la lengua.

—¿Y por qué, si habéis hablado de unas cosas y de otras, debo ignorar su visita?

Bella intentaba pensar. Detestaba que la atosigaran de esa manera.

—¿Qué has comido hoy, que estás tan pesado? —preguntó mientras su cerebro daba vueltas a toda prisa para encontrar una explicación convincente a la visita de la joven profesora.

—No sé —contestó Simón—, lo que me hayas puesto en el plato sin que yo me diera cuenta.

—¿Quieres de verdad saber de qué hemos hablado Sylvie y yo? —preguntó entonces Bella.

—Solo si te apetece hablar de ello. No quiero forzarte. Al fin y al cabo, tienes derecho a tener pequeños secretos, aunque yo no tenga ninguno para ti.

«Mentiroso», pensó Bella, indignada por tanto aplomo.

—Tienes razón, Simón, tienes derecho a saber. De todas formas, pensaba hablarte de ello durante las vacaciones. Sylvie ha venido a pedirme que dé testimonio en la escuela como superviviente de la *shoah*.

Simón palideció.

—¿Y qué le has respondido? —preguntó él.

—Que debía pensarlo y pedirte opinión.

—¿Piensas que será bueno?

—Creo que es indispensable. Pronto ya no habrá nadie para hacerlo. Si no tienes inconveniente, me gustaría ir.

De repente, Simón parecía aplastado. ¡Testimoniar! ¿Cómo podía Bella tener ganas de dar testimonio, de contar a los muchachos lo indecible? Lo que habían vivido no podía ser contado. No existían palabras para describir la barbarie nazi, para explicar el infierno de campos de exterminio como Auschwitz. Miró a Bella admirado e incrédulo a la vez. ¿Y si estaba en lo cierto? ¿Y si había que pasar por dar testimonio, por las palabras, para liberarse? ¿Y si este testimonio podía ayudarle a él...?

—De acuerdo —dijo con voz temblorosa—, iremos.

A Bella se le cortó la respiración.

—¿Iremos? —preguntó, para asegurarse de que había oído bien.

—Sí, iremos. ¿No pensarás que voy a dejarte sola? Yo también tengo cosas que contar.

Bella se inquietó y escrutó la cara de Simón intentando comprender una reacción que no esperaba para nada.

—Escucha, Bella —continuó Simón, con tono firme—, aunque esté muy ocupado en este momento, no dejo de plantearme mil cuestiones. Malik es una especie de mensajero para mí. Un enviado, ¿entiendes? Quizá sea ridículo lo que te voy a decir, pero han pasado demasiadas cosas desde que este niño ha entrado en mi vida. Yo no creo en Dios, tú lo sabes, pero estoy confuso. Este chico, con toda su inocencia, ha tendido una especie de puente entre yo y este famoso pasado que quería callar para siempre y que ha amargado toda mi vida. Mi vida de hombre, de profesor y de esposo. Y he amargado también la tuya, Bella. Sé cuánto has deseado tener un hijo. Habríamos podido adoptar uno o varios. Sin embargo yo, demasiado ocupado en lamentarme de mi suerte, como tú dices, siempre me negué. Y mira por dónde Malik, un niño árabe, ha irrumpido en la vida de este viejo judío, y con él ha resurgido el recuerdo de los míos. Y ahora que encuentro la fuerza para afrontar este pasado, quizá pueda deshacerme de él, ¡liberarme! Por tanto, si mi testimonio puede ser útil, estoy de acuerdo en hablar a los alumnos. ¡Y lo haremos juntos, tú y yo, codo con codo!

Bella no daba crédito a sus oídos. ¡Qué cambio tan brutal! ¡Qué metamorfosis! Para ella, este muchacho era algo más que un mensajero. ¡Era un ángel que tenía bien merecidas las clases de piano y de violín! Bella se acordó entonces de ese pequeño secreto. Pero si Simón había cambiado, ¿estaba preparado para saber que Malik daba clases de violín a sus espaldas? No, todavía era demasiado pronto para hablarle de ello. Mientras Simón mismo no retomara su violín, Bella se callaría. Sin embargo, ¡tenía tanta prisa por confesárselo! Sobre todo, porque Malik hacía sorprendentes progresos y conseguía sacar sonidos bastante melodiosos al instrumento. Pero cada cosa a su tiempo, se decía Bella prudente, mientras Simón se había vuelto a meter en su trabajo. Y Bella le veía trabajar enfebrecido, garabateando por aquí, borrando por allá, tarareando y llevando la medida con su índice.

—Escucha —la llamó después de un momento de intenso trabajo— y dime lo que piensas.

Acompañado al piano, Simón empezó a cantar la primera composición completamente acabada de su comedia musical. Y a medida que Simón cantaba, Bella sentía nacer una inextinguible risa nerviosa.

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntó Simón, viendo a su mujer colorada como un tomate.

—¡Oh, Simón! —dijo echándose a reír—. ¡Mi querido Simón! ¿Me equivoco o estás cantando un rap?

Simón seguía muy serio.

—¡No estás muy al tanto, querida! ¡Es *funk*!

Con estas palabras, Simón explotó también y los dos lloraron de risa.

—¿Qué quieres? —le dijo Simón cuando se calmó—. Intenté hacer algo más clásico. La letra la han escrito los alumnos con el profesor de lengua. Y cuando me senté al piano y toqué el aire que tenía en la cabeza, se quedaron petrificados. Era una catástrofe. Entonces, uno de ellos se levantó y me dijo: «¡No se preocupe, profe, vamos a arreglar esto!». Y en un dos por tres, le han puesto este aire, le han añadido su toque, justamente cambiando el ritmo. ¡Y este es el resultado! ¿Qué te parece?

—¡Simplemente, genial!

TRECE

Sylvie Dufau había escogido la primera hora de la tarde, a finales del primer trimestre, para el debate en torno a la Segunda Guerra Mundial. Se decidió que toda la escuela participara en el acontecimiento y el director había reservado al efecto uno de los salones municipales. La joven profesora había quedado conmovida, ya que al día siguiente de su visita a Bella, esta le había llamado para anunciarle que Simón aceptaba colaborar en el debate.

—¡Organízelo lo más rápidamente posible, antes de que cambie de opinión! —le había aconsejado, prudente.

Un pesado silencio siguió a la proyección de la película. A continuación, Bella se levantó y, con una voz temblorosa, que se afirmó y adquirió seguridad poco a poco, contó a los alumnos su vida de niña feliz antes de la guerra, entre su padre, médico, su madre, profesora en la Sorbona, y su hermanito. Al ser franceses, se creían a salvo de las medidas antisemitas, y aunque también en París circulaban terribles rumores acerca de la suerte de los judíos, en su casa nadie se lo tomó en serio. No se daban por aludidos. Sin embargo, esto no impidió que les llamaran a la comisaría de su barrio para estampar el sello judío en su carné de identidad, además de hacer que llevaran la estrella amarilla en el pecho. Arrestados en 1943, pasaron unas cuantas semanas en Drancy, donde Bella permaneció con su madre. Su padre y su hermano pequeño desaparecieron una mañana y no los volvió a ver nunca. Más tarde descubrió la fecha y el número del convoy en que habían sido deportados al campo de exterminio de Auschwitz. Bella contó la miseria de Drancy y la decadencia física. Más adelante, también ellas fueron deportadas. Cuando llegaron a Auschwitz, fue separada de su madre, que tenía una salud débil. La mayoría de las mujeres y los niños eran enviados directamente a la cámara de gas. Ella sirvió de cobaya para diversos experimentos a los médicos nazis. Sobrevivió mutilada, torturada y estéril, pero sobrevivió, aunque sin saber muy bien cómo. Tenía trece años cuando el campo fue liberado. No pesaba más que una hoja de otoño y había perdido a toda su familia.

Bella se sentó. Había hablado sin interrupción, con una voz dulce.

Luego le tocó el turno a Simón. Se levantó y dio una barrida a la asamblea con su mirada azul acero, con la mirada de los días malos, la de los días dolorosos. Bella apretó su mano contra la suya como signo de ánimo. Simón carraspeó para aclararse la voz.

—Yo nací en París, en el barrio de Ménilmontant, donde mis padres, recién llegados de Polonia, eran sastres. Como muchos judíos emigrados en aquella época, mis

padres trabajaban mucho y nosotros, chiquillos aún, pasábamos la mayor parte del tiempo en la calle. Viéndome ahora no podéis imaginar lo granuja y peleón que era, así que mi madre, para calmarme y porque siempre había soñado tener un hijo violinista, se mató a trabajar para regalarme un violín y ponerme un profesor particular. Yo tenía ocho años y aquello fue toda una revelación para mí. Mi profesor era un viejo ruso, alcohólico, genial y profundamente antisemita. Jamás supe cómo mi madre dio con él y por qué él me había aceptado como alumno, a mí, un mocoso judío, de rodillas desolladas, cuando tenía en su casa muchachos ricamente vestidos que me miraban por encima del hombro. El hecho es que se consagró enteramente a enseñarme su arte, y yo, año tras año, nunca le decepcioné. Trabajábamos a veces hasta muy tarde, y la noche del 15 de julio de 1942, me había quedado dormido en su casa, en el sofá del salón. Cuando me desperté, encontré a mi profesor derrumbado en la mesa de la cocina. Pensando que una vez más dormía la mona, quise salir pies en polvorosa para volver a casa. Entonces me dijo:

»—¡Quédate aquí, Klein! No *merrrrrece* la pena *volverrrr* a tu *casssa*. ¡Tus *padressss idosss*! ¡*Todosss* los judíos *idossss*!

»—Idos, ¿dónde? —le pregunté incrédulo.

»—¡Pffft! —hizo con un vago movimiento de mano.

»—¡No se han podido ir sin mí! —protesté levantando los hombros.

»—Sí, *an restados* esta mañana. *Idos con policía*.

»Entonces hizo un gesto que probablemente me salvó la vida. Con una fuerza y una suavidad que yo no podía sospechar, dio un salto hasta la puerta y la cerró con doble llave, arrancándola para meterla en su bolsillo.

»—¡No puedes *irrr* a tu casa! Te *arrcstanrán* también. Tú quedas aquí y yo, yo voy a *volverrr* a tu *casssa* a *verrr* si tus padres han vuelto, ¿de *acuerrrdo*? ¡No abras a nadie y no hagas *muido*!

»Cuando volvió, no dijo nada. Yo había comprendido. Me ocultó en su casa, escondido durante el día en su habitación mientras daba las clases. Y yo, un jovencito revoltoso, casi me volví loco. Descosió la estrella amarilla de mi chaqueta y como yo era muy rubio y tenía los ojos azules, no llamaba la atención. Y entonces bajamos la guardia.

»Pasé un año entero en su casa, tocando el violín y paseando sin preocuparme lo

más mínimo por aquel París en guerra, invadido por los *boches*^[3]. Por la calle, me cruzaba con gente que me sonreía y pasaba su mano por mi cabeza amistosamente. Y cada vez que hacían esto, yo deseaba que esa mano, pasada por la cabeza de un muchacho judío, se infectara y se cayera del brazo.

»Durante ese año hice enormes progresos con el violín. Era un pequeño virtuoso, sin saberlo, por supuesto, pues mi querido profesor no me hizo jamás el menor cumplido. Curiosamente fue un oficial alemán quien, subyugado, gritó: “¡Pero si es un virtuoso!”.

»Fue a mi llegada a Auschwitz, a finales de 1943.

»Había cometido una imprudencia. No había podido resistir las ganas de volver a mi casa. Sin la menor precaución, pasé delante de la portería; la portera tenía las narices pegadas al cristal. Subí despacio las escaleras que llevaban a nuestro piso. La placa que tenía nuestro nombre había sido arrancada y reemplazada por otra. Iba a llamar cuando la portera me atrapó y, agarrándome enérgicamente por el brazo, me hizo bajar las escaleras de dos en dos.

»—Lárgate —dijo, escupiéndome a la cara—, ¡no se te ha perdido nada por aquí! ¡Ya no hay nadie! ¡Ya no hay judíos aquí, granuja! ¿Dónde está tu estrella?

»Era una mujer grande y fuerte. Su mano atenazaba mi brazo. No conseguí escaparme. Me llevó a la portería, donde dos polis me detuvieron un poco más tarde y me trasladaron derecho a la comisaría, desde donde fui conducido a Drancy. No sé por qué clase de milagro mi profesor me encontró allí. Aunque no pudo liberarme a pesar de sus grandes voces ante las rejas del campo, al menos le permitieron darme el violín. Este fue mi único equipaje para Auschwitz. Llegados allí, embrutecidos y agotados por un viaje infernal, fuimos arrojados al andén como paquetes de ropa sucia. Hombres, mujeres, viejos y niños. Allí fuimos alineados y los soldados y los perros pasaron revista. Yo llevaba el violín apretado contra mi pecho. Un oficial, con la punta de una especie de palo o de fusta, alzó mi barbilla.

»—¿Violinista? —me dijo, soltando una risa sardónica.

»—Sí —respondí mirándole fijamente a los ojos.

»—¡Toca! —me ordenó.

»Y allí, en el lugar más inmundo de la tierra, entre legiones de muertos vivientes que vislumbraba a lo lejos, con sus uniformes rayados, mientras que por unas

gigantescas chimeneas escapaban atroces olores, me puse a tocar.

»Aquello me salvó la vida. Desgraciadamente, hubiera dicho no hace mucho tiempo. Fui designado para formar parte de la orquesta de Auschwitz que, durante todo el día, tocaba en la plaza central del campo, mientras que otros iban a las cámaras de gas. Era un privilegio que maldita la gracia que me hacía. Cuando llegué no era más que un jovencito. Al término del primer día, era ya un hombre viejo. Al principio, cuando tocaba, abría los ojos y miraba a mi alrededor, tratando de encontrar alguna cara conocida, una cara familiar. Me fijaba con frecuencia en un hombre viejo que se colocaba no lejos de mí y me hacía discretos signos con su gorro. No creía conocerle, pero el hombre insistía e insistía. Al cabo de algunos días de esta extraña maniobra, logró acercarse y me llamó por mi nombre.

»—¡Simón, Simón! —me dijo—. Soy yo, papá.

»Después se desplomó. Un soldado le había visto y le había asestado un culatazo en la espalda.

»—¡Sigue tocando! —dijo una voz detrás de mí en la orquesta—. ¡Cierra los ojos, pequeño, y sigue tocando!

»No volví a ver a mi padre, y toqué, toqué y toqué siempre con los ojos cerrados, hasta la liberación del campo. Entonces me juré que si salía vivo de aquel infierno, jamás volvería a tocar el violín.

CATORCE

Al día siguiente, Malik comunicó a Bella que abandonaba las clases de violín. Nadie conseguiría hacerle cambiar de opinión. Ni su madre, ni Bella, ni Clara. Su decisión estaba tomada, sería pianista. Ahora que sabía la razón por la que el señor Klein había rehusado enseñarle a tocar el violín, no era cuestión de preguntarle, ni tampoco de tocar a sus espaldas. Malik colocó el violín de Baba en su sitio y no tocó más. Continuó estudiando música con mucho empeño y los progresos que hacía al piano alegraban a Simón. Bella y Leda se quedaron preocupadas con esta decisión; sobre todo Bella, que tenía la impresión de haberlo estropeado todo con su testimonio. Ella no había contado con esto; al contrario, esperaba que Simón se sintiera liberado y pudiera por fin retomar el violín. Bella no se lo perdonaba. Creía haber cometido un enorme error.

Los preparativos para la fiesta del colegio se intensificaban. Prácticamente participaban todas las clases. Algunos días, aquello parecía una colmena con su enjambre de activas abejas.

Muchos padres, que al principio se habían mostrado reticentes o próximos a oponerse, terminaron por ofrecer tímidamente su ayuda. Simón necesitaba sobre todo costureras y Bella reunió a algunas voluntarias en el barrio de Malik, gracias a la ayuda de Leila Choukri, que había movilizado a sus vecinas. Pero los ensayos iban con retraso. Con la llegada de la primavera, los alumnos se relajaron y descuidaban las sesiones de los miércoles al mediodía y de los sábados.

Simón tenía algunos momentos de desánimo. A Bella le costaba sostenerlo y levantarle la moral. Hubo que revisar a la baja los objetivos del principio, suprimir escenas y canciones. Pero, a pesar de todo, Simón seguía aferrándose al proyecto y creyendo en él, ayudado por el director y los compañeros que se habían ofrecido para participar en la aventura. Y las burlas de Gaillot y la indiferencia de los otros no oscurecieron su entusiasmo. Llegarían hasta el final, pues nunca se había hecho en la escuela algo parecido. Ni en aquella escuela ni en ninguna otra de la región. Y a medida que las cosas avanzaban, el director no ahorra energías para subir la moral de los grupos a los que les faltaba. Se ocupó de transmitir toda la información en torno al evento. Informó a la prensa, a la radio y a la televisión locales. Estas, a fuerza de llamadas, terminaron por interesarse y hablar de ello.

A partir de ese momento, las cosas despegaron y las ayudas se hicieron de forma más abierta. Incluso los muchachos, orgullosos de aparecer en las columnas de los periódicos, tomaron su papel mucho más en serio que antes. Salieron a relucir toda

clase de talentos. El diseño y la construcción de los decorados, todavía en curso, habían visto explotar dones insospechados en numerosos alumnos, que fueron los primeros sorprendidos. Otros descubrieron la paleta de infinitos placeres que puede proporcionar la escritura. Los textos del espectáculo se imprimieron, y es muy probable que más de un alumno soñara en secreto con ser escritor, libretista, compositor, utilero y tantas otras vocaciones que la mayor parte llevaba dentro sin saberlo. En aquel momento, Simón creía firmemente en su proyecto. Lo tendrían listo a tiempo. Aunque no montaría un espectáculo tan importante como había querido, podría estar ampliamente satisfecho de lo que había conseguido, a pesar de los obstáculos y las dificultades.

Aun así, Simón no descuidaba a Malik. Continuaba enseñándole solfeo y asistía a las clases que le daba Sacha siempre que podía. Este le había pedido que fuera a verle. Quería hablarle del muchachito.

—Escucha, Simón —le dijo cuando estuvieron confortablemente instalados en el salón, con un vaso de vodka—, nosotros somos amigos, viejos amigos. Así que vas a escucharme como a un amigo.

—Adelante —le animó Simón, intuyendo más o menos lo que Sacha le iba a decir.

—Tenías razón en lo que se refiere a Malik. Este chico posee un raro talento musical. Es muy trabajador y, sin duda, será muy buen pianista.

—¿Muy bueno solo? —se extrañó Simón—. Yo le creía excepcionalmente dotado...

—Sí, pero estar dotado no es suficiente, Simón, tú lo sabes. También hace falta pasión. Y el piano no es su pasión. Me ha contado todo, su sueño, su abuelo, su deseo de aprender a tocar el violín, la oposición de su familia, tu rechazo... Pierde un tiempo precioso, Simón. El estudio del violín es largo y difícil y, tarde o temprano, terminará haciéndolo, quieras o no.

Simón se levantó y se puso a pasear de un lado para otro; las manos en la espalda, con ese aire terco que tenía cuando era contrariado.

—Bien, Sacha, voy a pensar en ello. Gracias por tu franqueza —le dijo, estrechando su mano.

Volvió a casa callejeando un poco. Necesitaba estar solo. La noche estaba templada y el aire desprendía un suave aroma de flores y de césped recién cortado. En

su cabeza se mezclaban sentimientos contradictorios. Se sentía oprimido, desgraciado. Sin embargo, desde que había dado su testimonio en el colegio, se encontraba realmente muy bien, mucho mejor que antes. Además, le parecía que Malik apreciaba de verdad las clases de piano. ¿Se había equivocado, entonces? Cuando tenía su casa a la vista, tomó una decisión; había llegado el momento de aceptar la opinión que todos parecían compartir y que él compartía con ellos, a pesar de no haberlo admitido hasta entonces. Simón sabía perfectamente que Malik solo sería un gran músico si se aferraba a su sueño.

Por tanto, había que resolver aquello, por muy doloroso que fuera para él.

De repente, Simón se animó con una excitación febril que Bella vio surgir aquella noche en su casa. Apenas se descalzó y se quitó el abrigo, subió derecho a su habitación. Bella, preocupada, le siguió.

Cuál no fue su estupor cuando vio a Simón abrir el último cajón de la gran cómoda de cerezo y extraer de ella, con mil precauciones, el estuche que contenía su violín. El violín que le había regalado su madre hacía más de medio siglo. Simón se derrumbó en la cama con su estuche en las rodillas. Después levantó la tapa con suavidad. Los goznes rechinaron ligeramente. Y el violín apareció, sin apenas polvo, en el estuche de gastado fieltro rojo. Simón acarició la preciosa madera tallada, envejecida y marcada por profundos arañazos, resultado de sus trágicos vagabundeos, cogió el arco y colocó el violín. Permaneció así largo tiempo, inmóvil, con los ojos cerrados.

Acomodó el instrumento en su estuche, lo colocó en el cajón y dejó el próximo paso para el día siguiente.

Acababa de hacer lo más duro. Esperaba que el resto viniera naturalmente. Porque nunca antes de encontrarse con Malik y, sobre todo, antes de participar en el debate con los chavales del colegio, hubiera podido hacer ese gesto, un gesto simple sin embargo, de sacar el violín de su estuche y tomar posesión de él después de una separación tan larga y dolorosa.

Cuando Simón fue junto a Bella, no se percató de que tenía los ojos enrojecidos.

—Malik va a estudiar violín —anunció en tono firme.

—¡Ah! —Bella, conmovida, no pudo responder más.

—¡Eso no tiene pinta de gustarte! Sin embargo, es lo que tú querías, ¿no?

—¡Sí, sí, por supuesto! Pero Malik ya no quiere...

—Al principio se lo confiaré a Clara —respondió él, sin tener en cuenta lo que Bella acababa de decir—. No podría encontrarle mejor profesor particular. ¿Tú qué opinas?

Bella se acercó a Simón y, de pie ante él, tomó sus manos. Después estalló en sollozos.

—Bella, mi Bella —susurró Simón a su oído—. No llores, te lo ruego. No llores más, tenemos que recuperar tantas cosas, tanto tiempo. No llenaremos nunca este inmenso vacío dejado por los nuestros. Pero hay que vivir. Y mi primera obligación es ayudar a Malik a realizar su sueño. Y si quiero ayudarle, ¡es necesario que retome el violín! Así que, ¡ya está!

—Simón, tengo que decirte una cosa...

—No, sobre todo, no digas nada, Bella. Tenías razón, pero ahora déjame actuar a mí. He perdido mucho tiempo y me siento tremendamente culpable respecto a Malik.

Bella se calló. No sabía si reír o llorar, hablar o callar. ¿Era el momento de desvelar a Simón este secreto que empezaba a pesarle demasiado?

—¿Cuándo piensas darle la noticia? —se contentó con preguntarle.

—En cualquier caso, no debería pasar de esta tarde.

Bella se puso muy nerviosa. Todo iba demasiado deprisa.

—Quizá sería mejor esperar un poco, ¿no? —propuso—. Podría invitar a Malik y a su madre a comer para darles la noticia suavemente.

Pero Bella no se hacía ilusiones. Cuando Simón tenía una idea en la cabeza, no había nada que le hiciera cambiar de opinión.

Malik era puntual como un reloj suizo.

—¡Siéntate, Malik! —le ordenó Simón enseguida—. Quiero hablarte de hombre a hombre.

—Os dejo —dijo entonces Bella, marchándose a la cocina, pensando que estaba

de sobra.

Simón dudó. Buscaba las palabras.

—Bien, Malik, he ido a ver a Sacha y hemos hablado de ti.

Malik se puso nervioso temiendo que Sacha se hubiera quejado de su falta de motivación.

—¿Y qué le ha dicho? —preguntó con una vocecilla preocupada.

—Me dijo que cree ya has perdido bastante tiempo y que debes empezar con el violín lo antes posible. Eso es todo.

Malik palideció del susto, cerró los ojos y se sintió envuelto en un torbellino. «Violín», había dicho Simón. ¿El violín que tanto le había costado dejar? ¿Sería posible que por fin pudiera tocarlo libremente?

—¿Está muy enfadado? —preguntó con timidez.

—No —respondió Simón—, pienso que tiene razón.

Malik bajó los ojos.

—Escucha, Malik —le dijo Simón con voz dulce—, me había equivocado, ¿comprendes? Yo he sido el único artífice de mi desgracia y ha llegado el momento de acabar con ello. Y francamente, Malik, lo que me haría hoy el hombre más feliz del mundo sería que aceptaras aprender a tocar el violín. Mi padre decía que mirándose uno a sí mismo se encuentra la verdad. Es lo que al final he hecho. He mirado dentro de mí y he encontrado la verdad. Y esa verdad no me decía más que una cosa. ¿Sabes cuál?

Malik negó con la cabeza como muestra de ignorancia.

—Es necesario que toques el violín porque tienes talento y unas ganas enormes de aprender.

Simón se sonó fuertemente, después siguió:

—Y, además, no hay ninguna razón para rechazarlo ahora, ya que yo también he decidido ponerme a ello.

Malik colocó un enorme beso en la mejilla de Simón, que pinchaba un poco, y después se arrojó a los brazos de Bella.

—Voy a llamar a Clara —dijo entonces Simón—. Es amiga de Bella y una excelente profesora de violín. Estoy seguro de que te va a encantar.

El pánico que se dibujaba en la cara de Bella y de Malik escapó totalmente a Simón, que se dirigía hacia el teléfono.

—¡Espera! —dijo Bella tomando aire—. Clara no está. Se ha ido diez días de vacaciones. La llamarás cuando vuelva.

Simón pareció contrariado.

—En fin, Simón, a Malik le da igual empezar dentro de unos días, ¿no es verdad, Malik? —soltó Bella.

—No... —dijo Malik completamente desconcertado con la situación—, no importa —y se acercó a Bella, que lo abrazó con fuerza.

QUINCE

Tuvieron que pasar varios días para que Simón consiguiera sacar de nuevo el violín y el arco de su estuche. Y unos cuantos más para volver a encontrar los gestos, la posición de las manos, de la barbilla y del cuerpo. Después, por fin, los primeros sonidos se escaparon en sollozos. Había cogido la costumbre de encerrarse allí arriba, en su habitación, donde permanecía durante horas, sin que Bella supiera lo que hacía. Y una tarde, cuando le salieron las primeras notas, las lágrimas resbalaron sin control por su mejilla.

Malik se había despedido de Sacha para consagrarse por completo a las clases de violín que le daba Clara. Esta se había divertido mucho con el giro de los acontecimientos y había seguido la corriente a Simón cuando la llamó para hablarle de Malik.

Y si bien este disfrutaba muchísimo con cada una de sus clases, se decía que no estaría verdaderamente contento hasta que el propio Simón le enseñara a tocar el violín.

Lo confesó a Bella:

—Tendrás que ser muy paciente con él, Malik —le explicó Bella—. Es ya milagroso haber llegado hasta aquí. ¡Hacía tanto tiempo que no tocaba!

—¡Me gustaría tanto escucharle! ¿Cuándo tocará para mí, Bella?

—Cuando llegue el momento. Cada cosa a su tiempo. Ahora mismo no toca realmente. Se reconcilia con su violín. Se familiariza de nuevo con él, pero todavía no llega a tocar un fragmento entero. Y, por ahora, no debe tocar mucho mejor que tú. Sobre todo lo que ocurre es que cada uno de los fragmentos que conoce de memoria le evoca trágicos recuerdos. Y continuamente acuden a su memoria esas horribles imágenes de las que no consigue deshacerse aún, aunque va mejor y progresa cada día.

—Pero ¿por qué no quiere escucharme?

—Porque cree que estás iniciándote. Más adelante le diremos que diste clases con Clara, pero ahora es demasiado pronto. ¿Estás de acuerdo, Malik? No hace falta que lo sepa ya. Dejemos que se reconcilie primero con su violín. Lo que él desea, más que nada en el mundo, es convertirse en tu profesor, pero para eso tiene que recuperar el nivel. Y para tu madre, Malik, ¿has tocado ya?

—No, no puedo tocar en casa. Se enteraría todo el mundo.

—¿Y cuándo vas a contárselo a tu padre, a tus hermanos y hermanas y a tu abuela?

—Les voy a dar una sorpresa. Mi madre espera al cumpleaños de Laya. Se reunirá toda la familia. Habrá una gran fiesta y yo tocaré.

—Sí, pero antes voy a invitar a tu madre a tomar un té para que te escuche, Malik. Creo que merece ser la primera en escucharle, ¿no crees?

El día previsto, Leila Choukri escuchó a su hijo, con los ojos como platos, las dos manos sobre el corazón y con una mirada que iba de Malik a Bella y de Bella a Malik. Cuando Malik terminó y guardó el violín en el estuche, Leila le abrazó con todas sus fuerzas y lo cubrió de besos mezclados con lágrimas de felicidad.

—¡Si tu abuelo hubiera podido escucharte, hijo mío, qué orgulloso habría estado de ti! —exclamó suspirando.

Después se volvió hacia Bella y añadió:

—No sé cómo agradecerle todo esto, Bella.

—Entonces no me lo agradezca —respondió sonriendo—. Me correspondería a mi agradecérselo. Si Simón no hubiera encontrado a Malik, nunca habría recobrado el gusto por la vida y, sobre todo, el deseo de retomar el violín. Pero Simón está a punto de volver...

Durante el camino de vuelta, Leila, loca de admiración y de orgullo, llevó apretada la mano de su hijito.

En el colegio, los ensayos llevaban buen ritmo y Simón estaba plenamente satisfecho. A partir del famoso debate en que había desvelado, con tanto pudor y emoción, lo que había vivido durante la Segunda Guerra Mundial, los alumnos sentían un profundo respeto hacia él. No querían más que complacerlo y Simón iba ahora de clase en clase, de sexto a tercero, silbando de felicidad. Una calma religiosa le esperaba en cada aula y Simón empezaba a lamentar que aquel fuera su último año de docencia.

Los alumnos de tercero, debido al certificado de estudios, no habían participado plenamente en la preparación del espectáculo y ninguno tenía responsabilidades. El director no había querido. Sin embargo, algunos de ellos se ofrecieron voluntarios para

llevar a cabo pequeños trabajos. Simón aceptó. Así pudieron dispensar multitud de servicios imprescindibles, saboreando el placer de participar en el éxito de este acontecimiento que nadie había creído posible meses atrás. Incluso Mulud, el hermano mayor de Malik, quiso ayudar. Y fue frotándose las manos de satisfacción cuando el director comunicó a Simón y a sus compañeros que acudiría el inspector de Educación y que el alcalde ponía a su disposición el cine.

La excitación se apoderaba de todo el mundo. Incluso los que al principio no habían acogido el proyecto con entusiasmo anunciaron que asistirían a la representación. Excepto Gaillot, evidentemente. Simón ya no sabía a qué atender. Iba de las clases de música a los ensayos, de los ensayos a las clases de Malik, de las clases de Malik a su violín, y todo con una alegría inmensa que a veces asustaba a Bella, que estaba muy preocupada por su salud. Habían cambiado tantas cosas a la vez que le daba miedo de que Simón cayera enfermo. Pero Simón tenía la impresión de que ahora la sangre corría por sus venas; tenía apenas veinte años. Y cuando por las noches Simón retomaba su violín, no contaba más que diez y tocaba para ella, Feyelé, su madre, cuyo nombre quería decir «pajarillo». No tocaba más que para ella, volvía a verla, pálida y sonriente, en su casita de Ménilmontant, mientras que olores de antaño ascendían a su nariz. Olores de tela, de hilo y de tiza de sastre mezclados con olores de cocina. Se acordó de que en Auschwitz, a pesar del horror, los pájaros no dejaban de cantar. Y con frecuencia, para animarse y poder continuar, había imaginado que su madre estaba allí, entre ellos, piando para él, velando por él. Este recuerdo había huido con los otros que Simón se había negado a mantener. Pero una mañana un gorrión se posó en el borde de la ventana de su habitación. Simón estaba solo, Bella había bajado a preparar el desayuno. Y el pájaro piaba y piaba mirando a Simón.

Simón observó al pájaro, sentado en su cama, sin moverse. Después se levantó y sacó el violín de la cómoda. El pájaro seguía allí piando alegremente. Entonces Simón se puso a tocar un viejo aire yiddish, un aire que conocían todas las madres judías del mundo. No lo había vuelto a tocar desde el día en que sus padres fueron arrestados. El pájaro no se movió. Y Bella, en la cocina, se puso a llorar con cálidas lágrimas, porque cualquiera que escuche este aire se pone a llorar.

DIECISÉIS

Y, por fin, llegó el gran día. Simón, que no había dormido en toda la noche, se sentía como paralizado, incapaz de salir de la cama, incapaz de poner los pies en el suelo. Se quedó un rato echado boca arriba, tratando de calmar los latidos de su corazón, cuando se fijó en el borde de la ventana, donde acababa de posarse el pajarillo.

—¡Ah, estás aquí! —lanzó en un tono repentinamente sereno—. ¡Te esperaba!

Y el pajarillo escondió la cabeza bajo su plumaje.

—Te perdono —le dijo Simón—. ¡Estoy muy contento de que hayas venido! ¡Deséame suerte, Feyelé!

Y el pájaro lanzó una serie de notas que, como una barrena, desgarraron el alba rosada.

—¡Así que hablas con un pájaro! —le dijo Bella con voz somnolienta.

—¡Duerme, mi amor! —le dijo tiernamente Simón—. Es muy temprano.

En casa de Malik, Leila también se había despertado con el sol. Era un gran día para ella y, sobre todo, para su hijito, que dormía aún. Cuando tocó el violín delante de toda la familia reunida para el cumpleaños de Laya, todos los ojos estaban clavados en la anciana señora, imponente como una reina ante su tribu. Y Malik había tocado, con los ojos cerrados y de memoria, una música árabe cuya partitura Clara se había vuelto loca para descifrar. Leila lloraba. Le importaba poco la cólera de su madre, le importaba poco desde ahora la cólera de los suyos. Si aquello no les gustaba, ¡peor para ellos! Lo que ella había hecho, lo había hecho por su hijo y en recuerdo de su padre, músico al que ella veneraba y que se había marchado pronto con la música que llenaba todavía su casa y sus recuerdos de infancia. Y he aquí que volvía a encontrar esta música más cristalina aún, incluso más divina. Porque seguramente estaba la mano de Alá en aquella música y también la mano del Dios de los judíos, que había puesto a Simón Klein en su camino.

Cuando Malik terminó, planeó un profundo silencio por la habitación. El pequeño estaba allí plantado, con el violín en una mano y el arco en la otra, esperando la reacción de su familia. Entonces su abuela, con una mano enrojecida por la gena, hizo una señal a su nieto para que se acercara. No había ninguna expresión de cólera en su mirada. Tomó a Malik entre sus brazos y le dijo al oído algunas palabras en árabe antes

de darle varios besos. Y los aplausos y los gritos estallaron al tiempo que las preguntas, las risas y las felicitaciones. «¡Qué pena que Simón y Bella no estén aquí!», pensó Leila.

Y por fin el otro gran día había llegado. Leila, sola en la cocina, saboreaba su té a sorbitos. Le gustaba esta hora de la mañana en la que todos dormían aún, uno de sus pocos momentos de soledad y silencio. Pronto sería la hora de despertar a todos y de servir el desayuno.

Simón, no aguantando más en la cama, había terminado por levantarse y bajar a la cocina con su violín para no molestar a Bella, que aún dormía. Pero esta, que no soportaba quedarse en la cama si Simón se levantaba, se puso la bata y bajó con él. Desayunaron juntos en la terraza, frente a un cerezo en flor; Simón volvió enseguida a la sala del espectáculo, donde pasó todo el día en un segundo plano, agotado y muerto de miedo. El director, de acuerdo con los alumnos y los demás profesores, había hecho prometer a Simón que se quedaría sentado en su sitio, en la sala, hasta que se levantara el telón. Simón se lo tuvo que prometer; se lo debía.

Fuera, los espectadores ya hacían cola. El director y el inspector de Educación llegaron acompañados de sus esposas. Vieron enseguida al alcalde, que se les acercó, y todos se colocaron en la primera fila, después de haber saludado a Simón y a Bella.

Cuando, tras el aviso de rigor, se levantó el telón, Simón sudaba la gota gorda y apretaba con fuerza la mano de Bella. La primera parte del espectáculo se desarrolló sin el menor tropiezo, y Bella sintió que la mano de Simón se relajaba. Cuando el telón cayó para el entreacto, toda la sala se levantó con una inmensa ovación. Simón se precipitó hacia los camerinos, donde fue rodeado por el conjunto de jóvenes actores, a los que felicitó uno a uno. Se instaló totalmente sereno y relajado para la segunda parte del espectáculo, cuyo éxito sobrepasaba todas sus expectativas. Simón estaba feliz. Sin duda, era más feliz de lo que jamás lo había sido. Las luces se apagaron. Se hizo el silencio poco a poco y prosiguió el espectáculo. Llegaban al final cuando Simón tuvo la impresión de que algo extraño iba a suceder.

—Pero ¿qué hacen? —preguntó angustiado a Bella.

Simón tenía motivos para preocuparse. El telón no se echaba en la parte final. Quiso precipitarse a los bastidores, pero Bella se lo impidió.

—¡Cálmate y escucha! —le dijo.

De detrás del telón salía una melodía interpretada al violín. Una melodía que le

recordaba algo, pero que el violinista, sin duda un novato, estropeaba un poco. Entonces se levantó el telón. Y Simón reconoció aquella melodía. Era una vieja melodía judía. Se palpaba la emoción en la sala, tanto más cuanto que era una música triste. Todos contenían la respiración. Simón vio a Malik tocando el violín, con la torpeza de un principiante, un viejo aire judío que Bella había pedido a Clara que le enseñara. Y mientras Simón trataba de comprender lo que pasaba, Mulud se acercó y le dio su violín, que Bella le había confiado a primera hora de la tarde. Simón, con las piernas temblorosas, se levantó. Desde el escenario, Malik le miraba mientras seguía tocando. Entonces, Simón abrió el estuche, sacó su violín y lo afinó. Después colocó su barbilla en el barbado y con el arco temblando e inseguro, fue al encuentro de Malik. Enseguida las melodías se mezclaron y no fueron más que una, el anciano y el niño dieron juntos un concierto, el uno al lado del otro. En la sala, la emoción había llegado al máximo, ya que todos conocían la historia del encuentro del viejo profesor de música judío y del muchachito musulmán.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).

Notas

^[1] Nota de la autora: El 5 de octubre de 1961, como consecuencia de violentas manifestaciones en París, se impuso el toque de queda para los argelinos. <<

^[2] Nota de la autora: *Shoah*: término hebreo utilizado para designar el genocidio de los seis millones de judíos asesinados por los nazis. Significa «catástrofe». <<

^[3] N. T: término utilizado popularmente para designar a los alemanes. <<